APIANO

HISTORIA ROMANA

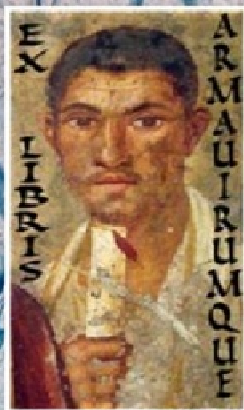
I

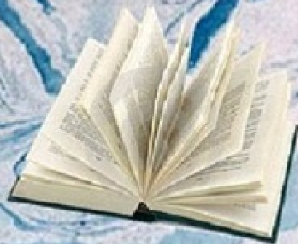
INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por Alberto Bernabé Pajares.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Vida y obra de Apiano*

Apiano era natural de Alejandría, en Egipto, como él mismo nos dice en el capítulo 15 del *Prólogo* de su obra. Sobre su vida estamos muy mal informados, hecho que tal vez se deba, entre otras razones, a que, aunque había escrito una autobiografía en la que daba cuenta pormenorizada sobre su persona, este escrito, sin embargo, se perdió no sabemos cuándo, aunque debió de ser antes del siglo IX, pues Focio, patriarca de Constantinopla que parece que tuvo un ejemplar antiguo de la obra histórica de Apiano ante sus ojos, no lo menciona.

Los escasos datos biográficos que de él tenemos están tomados de su obra y de su epistolario con Frontón, el preceptor de Marco Aurelio. Se cree que su nacimiento debió de tener lugar en época de Trajano, alrededor quizás del 95 d. C. En el libro II de las *Guerras Civiles* (cap. 90) habla de un recinto sagrado dedicado a Némesis por César, que fue destruido por los judíos en su época cuando el emperador Trajano realizaba una campaña en Egipto contra este pueblo [1]. A esta guerra

1 «(César) no pudo soportar ver la cabeza de Pompeyo al serle presentada y ordenó que se la enterrase acotando para ella, delante de la ciudad, un pequeño recinto sagrado que fue

contra los judíos parece que hace referencia también un fragmento perteneciente a su libro *Sobre Arabia*, no conservado, en el que nos cuenta el grave trance que sufrió en cierta ocasión cuando era perseguido por los judíos y del que salvó milagrosamente la vida[2]. La guerra en cuestión parece que fue la emprendida por Trajano entre los años 115-117 d. C. para sofocar la insurrección judía en aquel país.

En el *Prólogo* de su historia se refiere a que alcanzó una posición elevada en su país (es muy probable que desempeñara altos cargos administrativos en su ciudad natal de Alejandría) y a que, después, actuó como abogado en la corte de los emperadores. Tal vez su carrera como abogado la desempeñó en calidad de *aduocatus fisci*, cargo instituido por el emperador Adriano[3]. Sabemos, por último, que fue nombrado procurador del emperador o emperadores, *Procūrator Augusti o Augus-*

---

llamado 'recinto de Némesis'; precisamente éste, en mi época, mientras el emperador Trajano se hallaba exterminando en Egipto a la raza judía, fue arrasado por éstos por necesidad de la guerra».

2 Cf. P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, 2.ª ed., Leipzig, 1962, pág. 534, frag. 19 (en adelante lo citaremos: Viereck, 1962). Este fragmento titulado *Sobre la ciencia adivinatoria de los árabes* lo editó por primera vez, sin indicar el códice (el fragmento corresponde al libro 24 de Apiano), E. Miller, en la *Revue Archéol.* 19 (1869), 102 sigs., e *ibid.* (1873), 41 sigs.; después lo tomó C. Müller, *Frag. hist. Graec.*, vol. V, 1, pág. LXV. Este mismo fragmento, con otro tomado del libro *Sobre la realeza*, titulado *Sobre Remo y Rómulo*, a partir del códice *Parisinus Suppl. gr.* 607 A, lo editó M. Treu en *Programm des Gymnasiums*, Ohlau, 1880.

3 H. G. Pflaum, *Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950, págs. 204-205, afirma, por el contrario, que Apiano no fue *aduocatus fisci* en Roma, sino que obtuvo una procuraduría por la intercesión de Frontón. Véanse, en general, otros detalles sobre esta cuestión en E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus*, 2.ª ed., Florencia, 1967, págs. VIII-IX de la Introd., con bibliografía.

torum que deben tratarse de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d. C.). Dado que los magistrados que desempeñaban este cargo solían ser elegidos entre los miembros del orden senatorial y que Adriano otorgó a muchos el derecho de ciudadanía, cabe pensar que Apiano lo obtuviese, así como algún título de nobleza en el orden ecuestre que le posibilitase el acceso a dicha magistratura ya que no era senador. En el epistolario de Frontón, amigo suyo, se conserva una carta de Apiano a Frontón y la contestación de éste, así como la carta de Frontón a Antonino Pío solicitando el cargo de procurador para su amigo. Cuando obtuvo este puesto, Apiano debía de ser un hombre de edad avanzada pues Frontón alude en su carta de solicitud al honor que dicho cargo comportaba y que Apiano merecía en razón de su edad. En dicha carta Frontón avalaba también el honor y la integridad de su amigo [4].

El hecho de que Apiano escribiera una autobiografía y que remita a ella en el *Prólogo* de su obra, así como el que mencione expresamente como datos destacables la alta posición que ocupó en su país natal, su labor en las cortes del Imperio y su cargo de procurador, pueden tener una cierta intencionalidad desde su perspectiva de historiador. Fergus Millar, en su estudio sobre Dión Casio, pone de relieve que en la larga serie de historiadores que en latín o griego abordaron la historia de Roma, total o parcial, desde Q. Fabio Píctor a Dión Casio, hay un denominador común: su alta

---

[4] Para las cartas conservadas en el epistolario de Frontón, cf. la ed. de Naber: pág. 244, para la de Apiano a Frontón; pág. 246, para la de Frontón a Apiano, y pág. 170, para la de Frontón a Antonino Pío. Véase también el vol. I de la edición de Haines, págs. 264, 268 y 262, respectivamente, para estas mismas cartas. Viereck, 1962, págs. 537-538, reproduce la carta de Apiano a Frontón. Estas cartas fueron escritas alrededor de los años 157-161 d. C.

posición social y su experiencia en cargos públicos[5]. Para Millar[6], ello tiene una justificación doble, se trata, por un lado, de un reflejo de lo que ocurría en la sociedad romana en la que los círculos de los que emanaba el poder eran a la vez centros de cultura y mecenazgo, y por otro, de la conciencia, más o menos tácita, de que la experiencia política era requisito indispensable para el buen historiador. Este sentimiento que había recibido su expresión formal y teórica de manos de Polibio, se remontaba en último término a Tucídides, que en mayor o menor grado continúa sirviendo de modelo o, al menos, ejerce su influencia en buena parte de la historiografía posterior. En el caso de Apiano, que no se ocupó de la historia de sucesos contemporáneos a él, lo que constituía el ideal polibiano, sino de aquellos otros para los que era necesario el uso de fuentes escritas, habría que entender su interés por presentarse como hombre avezado, en cierto modo, en tareas públicas como un aval de su capacidad para interpretar y enjuiciar los hechos de un pasado remoto.

Apiano escribió una historia de Roma que abarcaba desde sus orígenes hasta el año 35 a. C. El plan de la misma se encuentra expuesto en su *Prólogo* (cap. 14). No era cronológico sino etnográfico. Dividió su obra en partes perfectamente diferenciadas que se correspondían con las guerras habidas por Roma contra otras naciones y las que sostuvieron entre ellos los propios romanos. Este esquema, sin embargo, se rompe en los libros que relatan las Guerras Civiles, los cuales están dispuestos de acuerdo con los principales caudillos de estas luchas intestinas, según afirma el propio historiador en el lugar arriba citado.

---

5 F. Millar, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pág. 5, notas 2 y 3, indica una larga serie de historiadores pertenecientes al orden senatorial.

6 Véase *ob. cit.*, pág. 8.

Parece como si Apiano encontrara en el marco geográfico o etnográfico mayor criterio de homogeneización, que en la narración de hechos sucedidos simultáneamente pero en lugares distintos. También se hace patente en la concepción del plan de su obra la influencia que tuvo el factor personal como criterio englobador, unificador y polarizador del acontecer histórico. Este hecho es perceptible en el enunciado de algunos de sus libros, así el libro *La guerra de Aníbal* que refiere los hechos de armas llevados a cabo por el general cartaginés en Italia y que toma el nombre del principal protagonista de la contienda, o el libro *Sobre Mitrídates*, rey del Ponto, con quien sostuvieron también los romanos una dura pugna. A ello podemos añadir lo dicho anteriormente respecto a la ruptura del esquema general en los libros de las Guerras Civiles en atención a la personalidad de sus líderes. Pero, además, cabe apreciar, en el interior de algunos de sus libros, unidades más pequeñas con entidad propia dentro del marco más amplio en el que tienen lugar los sucesos que dan nombre al libro. Tal sucede en el libro *Sobre Iberia* en el que encontramos la guerra lusitana, la guerra de Viriato y la numantina como tres unidades menores que se suceden, en el relato histórico, rompiendo el orden cronológico y mostrando una cierta independencia en el esquema general del libro. Aquí tenemos un pueblo, un caudillo y una ciudad, que polarizan en torno a ellos la acción histórica, y el historiador es plenamente consciente del fenómeno e intenta destacarlo a juzgar por sus palabras al comienzo del cap. 63: «Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo».

Lo que resulta más problemático de establecer son los motivos que pudieron llevar a Apiano a construir una historia desde esta perspectiva. El más remoto e ilustre precedente del método etnográfico en el terreno de la historiografía lo hallamos en Heródoto, pero luego, en general, se impuso entre los grandes historiadores, tanto griegos como romanos, hasta llegar a los analistas el método cronológico.

Así pues, pueden aventurarse diferentes hipótesis acerca de su preferencia por una historia de tipo etnográfico. Tal vez pudiera ser su deseo de imitar algún modelo precedente, o bien un cierto condicionamiento emanante del propio material histórico. Se trataba, en efecto, de una historia de Roma, más aún, de la gestación de la grandeza a que había llegado Roma desde sus orígenes humildes, y era ella el centro de gravitación de todo el acontecer histórico, y así se iban narrando los diferentes y sucesivos pueblos que hubo de someter hasta llegar a convertirse en la dueña del mundo conocido. Cabe, no obstante, pensar si hemos de ver en esto una falta de visión sinóptica o incapacidad para la misma por parte de Apiano, o para estructurar sus fuentes, ya que no era un historiador nato sino un modesto y fiel funcionario entregado, en su vejez, a estos menesteres históricos. Es posible que su ejercicio en la práctica de la abogacía como funcionario imperial pudiera influir en su forma de concebir la historia de Roma por compartimentos estancos tomando un suceso o sucesos desde su principio hasta el final, como el abogado que defiende un caso o el notario que atestigua y certifica los datos diversos que sobre un hecho le van llegando a las manos.

La obra histórica de Apiano fue compuesta en su vejez. En el *Prólogo* dice, con referencia a su época, que habían transcurrido doscientos años desde el advenimiento de los emperadores (entiéndase César) (cap. 7)

y, aproximadamente, unos novecientos desde la fundación de Roma (cap. 9), lo cual sitúa la fecha de su composición en torno al año 160 d. C., es decir, bajo Antonino Pío, que murió en el 161 d. C.[7]. Parece que la fecha tope para la composición de su historia y tal vez para su vida sea el año 165 pues, como afirma Schwartz «después de la guerra de Marco Aurelio contra los partos un funcionario imperial no hubiera mencionado como la frontera más oriental del imperio el río Éufrates»[8].

El hecho histórico que pone el broche a la historia de Apiano es la muerte de Sexto Pompeyo en el año 35 a. C., ocurrida poco después de la división del Imperio entre Antonio y Octavio. Es evidente, pues, que, dado el desfase cronológico que existe entre los hechos históricos que narra y la época en que vivió, tuvo que servirse de diversas fuentes para componer su historia. Y estas fuentes fueron fuentes escritas, en lo que difiere radicalmente de un autor como Polibio, testigo presencial de muchos de los sucesos que narra, y con posibilidad de acceder a quienes también lo fueron, en aquellos otros a los que no pudo asistir. Apiano, por tanto, se alinea junto a quienes, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso y tantos otros, fueron compiladores de datos. De ahí que establecer cuáles fueron sus fuentes será una tarea necesaria e ineludible para todo aquel que quiera proceder a una valoración de su quehacer histórico y comprobar, a un tiempo, su objetivi-

---

[7] E. Champlin, «The chronology of Fronto», *Jour. Rom. Stud.* 64 (1974), 149, sitúa la carta de recomendación de Frontón a Antonino Pío en el año 140, a partir del 10 de julio. El *Prólogo* de Apiano la fecha en torno al 150 d. C., frente a Haine, que da como fecha probable 157/161 d. C.

[8] «Appianus», *RE*, 2.1., cols. 216 sigs., 1895 (= *Griechische Geschichtsschreiber*, 2.ª ed., Leipzig, 1959, págs. 361-393). Véanse otros datos en E. Gabba, *ob. cit.*, págs. X-XI de la Introd.

dad y rigor como historiador. Por ello, no debe extrañarnos que una gran parte de los estudios sobre Apiano, y aquí su caso es parejo al de otros historiadores, tengan como objetivo primordial, si no único, el establecer sus fuentes[9]. Como ejemplo ilustrativo de esta afirmación baste citar el artículo, todavía hoy valioso en muchos aspectos, del profesor Schwartz en la *RE* de Pauly Wisowa, que prácticamente lo aborda únicamente desde esta perspectiva. Se trata, en último término, de analizar su obra allí donde Apiano se muestra como fuente exclusiva o primordial, y aquellos otros pasajes en los que su testimonio coexiste con el de otros historiadores como, por ejemplo, Polibio, Diodoro, Livio, etc., a fin de establecer puntos de discrepancia o coincidencia, bondad o no, de las fuentes utilizadas en uno u otro caso.

No es nuestro objetivo exponer, siquiera con mínimo detenimiento, un problema tan complejo que excedería los límites y propósitos de esta Introducción. Pretendemos tan sólo resaltar la importancia de este hecho dentro de la problemática general que el autor plantea y exponerlo de modo sintético.

En una lectura de su obra se puede apreciar que Apiano menciona una serie de autores que narraron sucesos históricos y que, por la forma en como aparecen citados —en algunos casos se les presenta como narradores de determinados hechos— se puede entender que los utilizó como fuente en mayor o menor grado.

---

[9] Sobre el problema de las fuentes de Apiano, cf. la puesta a punto hecha por G. T. Griffith, *The Greek Historians*, en *Fifty Years of Classical Scholarship*, 2.ª ed., Oxford, 1968, págs. 206-207, y notas 118-120 en págs. 222-223; además, *Appendix*, pág. 239.

Éstos son Polibio [10], Paulo Clodio [11], Jerónimo de Cardia [12], César [13], Augusto [14] y Asinio Polión [15].

En un segundo plano tendríamos aquellos otros autores que, si bien son mencionados por Apiano, no parece que pueda desprenderse de ello una necesaria utilización de su obra. A veces, como es el caso de Rutilio Rufo [16], aunque aluda expresamente a su labor histórica, se les cita, sobre todo, por su participación activa en determinados acontecimientos. En este caso podríamos situar a Terencio Varrón [17] y Casio Hémina [18].

Hay, sin embargo, muchos otros autores de los que no existe el menor rastro en su obra y que, sin duda, debieron constituir una fuente importante para partes muy diversas de la misma, como ulteriores estudios han demostrado. Entre ellos estarían Plutarco, Diodoro, Posidonio, Livio, Salustio, Celio Antípatro, Valerio Antias, Sempronio Aselión, etc. Aunque, como ya dijimos, sea difícil y controvertido establecer las fuentes de cada pasaje, hay algo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, y es que Apiano utilizó fuentes literarias griegas y romanas en las que se reparten los autores citados arriba, destacando entre las últimas a una gran parte de la analística romana de valía muy diversa.

Aparte las fuentes literarias, cabe suponer también que pudo utilizar memorias de campaña de los partícipes directos en algunos de los hechos que él relata (algunas de las fuentes antes citadas no son otra cosa, pensemos en los escritos de César o Augusto) y que

---

10 *África* 132.

11 *Galia* I 3.

12 *Mitrídates* 8.

13 *Galia* XVIII; *Guerras Civiles* II 79.

14 *Iliria* 14 sigs.; *Guerras Civiles* IV 10; V 45.

15 *Guerras Civiles* II 82.

16 *Guerras Civiles* IV 47.

17 *Galia* VI.

18 *Iberia* 88.

desgraciadamente se perdieron. Quisiera referirme expresamente al caso de Rutilio Rufo del que creo, en contra de la opinión que da como fuente única a Polibio, que pudo servirse para su relato de la guerra de Numancia en su libro sobre Iberia[19]. También es posible que pudiera manejar documentos oficiales en registros y archivos, a los que pudo tener acceso en su calidad de funcionario imperial.

Cuestión harto difícil, en cambio, resulta decir en qué medida utilizó de manera directa o no una fuente, pues en muchos casos la brevedad de su relato o la falta del pasaje correspondiente en otra fuente oscurecen el hecho. Hay, incluso, una parte de la crítica que piensa que, si bien las fuentes antes citadas son las últimas a las que se remonta en cada caso el texto de Apiano, éste habría tenido como fuente inmediata a un retórico e historiador de la época de Augusto llamado Timágenes de Alejandría[20]. Este autor, sin embargo, es poco más que un nombre para nosotros y ni siquiera se sabe con mucha certeza cuál era el contenido de su obra. En general, cabe apreciar en muchos casos una postura en exceso subjetiva y apriorística en la forma en que se ha abordado el problema de las fuentes, lo que ha llevado a adoptar tesis demasiado radicales que pienso se compadecen mal con la realidad de los hechos.

---

[19] Cf., para más detalles, mi artículo «En torno al 'Bellum Numantinum' de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-40. Y, en general, sobre las guerras celtíbero-lusitanas, H. SIMON, *Roms Kriege in Spanien (154-133 v. C.)* (Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Band II), Francfort, 1962.

[20] Sobre Timágenes, cf. R. LAQUEUR, s. u. *Timagenes*, en *RE*. Como fuente para ciertas partes de la obra de Apiano, véanse también A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig-Berlín, 1910, pág. 84, n. 4, y del mismo, *Appians Darstellung des zweiten punischen Krieges*, Paderborn, 1936, pág. 113, así como *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 13.

En cuanto al problema de la bondad del texto de Apiano como fuente, el hecho resulta, de igual modo, bastante complejo, ya que, aparte de lo arriba expuesto, varía en las diferentes partes de su obra según la calidad de las fuentes utilizadas, como ocurre con la historia de Dión Casio, Diodoro, Livio y muchos otros. Sin embargo, existen pasajes numerosos en los que el texto de Apiano concurre con el de otros historiadores y en donde su versión se muestra, al menos, como la más acorde con la realidad histórica conocida, aunque existan siempre discrepancias entre las distintas opiniones. Así ocurre, por ejemplo, en los textos de Apiano que recogen el Tratado del Ebro, importante por ser el primero que se llevó a cabo en la Península Ibérica entre romanos y cartagineses, y porque repercutió en el hecho que dio origen a la segunda guerra púnica: la toma de Sagunto por Aníbal. A mi juicio, en este caso resulta bastante completo y digno de estima el texto de Apiano frente a los de Polibio y Livio[21].

Apiano fue, en sustancia, un narrador de sucesos, mejor dicho, fue un recopilador de datos recogidos en una diversidad de fuentes. Esta labor de compilación y selección se refleja en su obra y así el relato presenta en conjunto unos altibajos notables en cuanto a la exposición, coherencia y estructura internas, según la documentación y naturaleza de las fuentes utilizadas en cada caso.

En ocasiones, Apiano procura mantener una fidelidad estrecha a los modelos que tuvo ante él, a veces incluso podríamos pensar en una traducción literal como, por ejemplo, en dos pasajes de las *Guerras Civiles* (IV 11 y V 45) en los que alude a su labor de traducción del latín al griego y la dificultad inherente

---

21 Para más detalles, cf. mi artículo «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1976), 75-110.

a ello[22]. El primero de estos pasajes lo constituye el decreto de proscripción de los triunviros, que lo transcribe literalmente y dice «tal era el texto de la proscripción de los triunviros en la medida en que es posible verterlo de la lengua latina a la griega», y en igual sentido se pronuncia en el segundo de los pasajes citados, en el que transcribe literalmente el diálogo entre Octavio y Lucio Antonio, el hermano de Marco Antonio después de la capitulación de Perusia. En otros casos, si no literalidad, la fidelidad hacia su modelo es muy estrecha, lo cual en el caso de las fuentes latinas conlleva una serie de irregularidades en su versión al griego manifestada, como apunta Gabba, en una «latinización de su prosa tanto en el campo léxico como en la conversión de palabras latinas en términos griegos que vienen a adoptar un significado distinto del normal, o bien en la formación de compuestos allí donde el griego usa palabras simples o compuestos de otro tipo; frases desconocidas en griego que reproducen otras correspondientes en latín o rasgos sintácticos propios de la sintaxis latina y no griega», etc.[23]. Todo ello no puede, por supuesto, interpretarse como mera influencia de la lengua latina en Apiano y como una utilización incorrecta de la misma por parte de este autor, pues Apiano la conocía bien y la hablaba normalmente como demuestra su labor en calidad de abogado en Roma. Hay que pensar, por tanto, en su deseo de mantenerse lo más fiel posible a su modelo, aun a riesgo de caer

---

22 Cf. E. GABBA, *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia, 1956, pág. 212, con bibliografía exhaustiva para todo lo relativo a este período histórico en la narración de Apiano.

23 *Ob. cit.*, pág. 214. En general, sobre la influencia latina en la lengua de Apiano, cf. J. HERING, *Lateinisches bei Appian*, tesis doct., Leipzig, 1935. Un breve pero sustancioso resumen de esta obra se encuentra en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XXXIV-XXXVII de la Introd.

en esas incorrecciones lingüísticas. En muchos otros casos, sin embargo, la realidad aparece gravemente distorsionada, ya sea por intención del autor, ya porque así estuviera en la fuente.

Hemos aludido anteriormente al gusto de Apiano por aislar en unidades cerradas los datos relativos a un determinado pueblo, extraídos de una o más fuentes históricas generales o particulares, lo que patentiza su objetivo, expuesto en el *Prólogo* (cap. 12), de narrar la historia de Roma «pueblo por pueblo». Ello es motivo de que aquellos libros que no tratan acontecimientos completos, como *La guerra de Aníbal* o *Sobre Mitrídates,* muestren una narración entrecortada, a saltos e, incluso, con unidades aislables en su interior, como es el caso de la guerra de Numancia o de Viriato en el libro *Sobre Iberia.* Lo mismo ocurre en el libro *Sobre Iliria*[24].

La labor de síntesis y de resumen que Apiano efectúa pudo haber contribuido también a dar ese tono entrecortado a su relato en ciertas partes de su obra, unido esto a la utilización de fuentes diversas; además, ello le hace caer, en ocasiones, en repeticiones o en insertar, a manera de recuerdo, referencias más o menos extensas de un mismo episodio en lugares diferentes de su obra (cf. *Ib.* 5 y *An.* 2, respecto al Tratado del Ebro, o *Ib.* 9-10 y *An.* 3, respecto a los móviles de Aníbal para atacar Sagunto). Sin embargo, el historiador trata de paliar esta aparente desunión mediante breves fórmulas de engarce (cf. *Ib.* 38; 44; 56; 63; 66; 76, etc.), que hilvanan y dan una cohesión externa a distintos episodios abreviados y con entidad propia, pero marcan, a un tiempo, su independencia en el interior del libro.

---

24 Cf. J. Dobiáš, *Studie k Appianove Illyrské* (con amplio resumen en francés *Études sur le Livre Illyrien d'Appien*), Praga, 1930, pág. 241. Este estudio del libro *Sobre Iliria* es fundamental para toda la problemática, en general, del mismo.

La utilización de una fuente o fuentes que proporcionasen un relato más continuado y preciso debió de facilitar esta tarea de conferir a su relato esa mayor apariencia de fluidez y cohesión. En cambio, cuando no ocurría así, bien sea porque tratara temas tangenciales o sobre los que no tenía intención de profundizar, o porque su fuente histórica no era explícita (cf. el cap. 2 de *Sobre Iberia*, de carácter etnográfico, o los caps. 101 y 102, donde, como broche de este libro, adelanta acontecimientos posteriores: guerra de Sertorio y las acciones de César y Augusto en el 61 a. C.), se muestra inseguro y vacilante. Así, en el primero de los pasajes citados aparecen hasta cuatro veces expresiones como *dokeî* o *dokoûsi* y acaba diciendo que deja estos asuntos para «los que tratan de épocas remotas», con un irónico desprecio que mal puede disimular la ignorancia, en tanto que en los otros dos la falta de rigor y exactitud, no justificadas, son notables.

Al margen de esta dependencia y, en ocasiones, casi servilismo de Apiano con relación a sus fuentes, que ilustran su modo de componer la historia, cabría hablar también de sus aportaciones personales. Éstas son de índole diversa y no resultan fáciles de delimitar. A veces se trata de alusiones al paso, que establecen una confrontación entre los hechos descritos y la época de Apiano (generalmente introducidas por «ahora» o «todavía ahora»), en otras son apreciaciones personales o juicios subjetivos del autor sobre un hecho concreto, con frecuencia manifestadas con *dokeî moi*, etc., o bien notas marginales, casi con carácter de glosa, que ofrecen al lector una explicación de noticias aisladas o aquellas otras en donde el autor expone claramente sus ideas[25]. Todos estos rasgos, por su carácter marginal y casi de interpolación, que se despegan un tanto

---

[25] Cf. Gabba, *ob. cit.*, págs. 219 y sigs.

del resto del relato, se pueden considerar como propios de Apiano.

Cabe juzgar como aportación del autor la original estructura de su obra, aunque en este caso, como ya dijimos, pudo contar con modelos precedentes en este sentido e, incluso, haber entremezclado fuentes de tipo geográfico y cronológico, así como también habría que atribuirle la selección de las fuentes y, sobre todo, su utilización en función de unos criterios y objetivos personales o de una cierta ideología política.

Desde esta última perspectiva los libros sobre las Guerras Civiles son más ilustrativos al respecto, que el resto de la obra, en la medida en que se trata de acontecimientos más próximos en el tiempo, debatidos entre los propios romanos y sobre los que la toma de postura resulta más significativa. Además, sobre estos hechos las fuentes se contraponen con una mayor nitidez, y la selección o modificación de las mismas ponen de relieve con más claridad el talante del autor. Para Gabba[26], no hay que perder de vista cómo Apiano concebía la historia de las Guerras Civiles como una sarta de revoluciones que desembocan en la monarquía. No debemos olvidar, en efecto, el fin moralizador explícitamente propuesto por el historiador a sus lectores, esto es poner de relieve el contraste entre las trágicas condiciones de vida de la época de la república tardía y la felicidad de los tiempos en los que vivieron el historiador y sus lectores. Apiano, fiel admirador de la monarquía y el imperio, contrapone el último período de la época republicana como época de licencia, crueldad y barbarie con la época imperial iniciada con Augusto, el último eslabón de aquella etapa y el iniciador de esta otra nueva. Ello le lleva a modificar o adaptar aquellas fuentes que utilizó para los libros II al V de

[26] *Ob. cit.*, págs. 220 y sigs.

las Guerras Civiles y que mostraban un carácter claramente filorrepublicano.

En otros libros, tales como el *Sobre Iberia*, se puede apreciar el contraste entre fuentes tendenciosamente favorables a la causa romana y otras, tal vez griegas, más objetivas. Apiano sigue a éstas en ocasiones, sobre todo en lo concerniente al pugilato entre Roma y Cartago en Iberia e, incluso, no siente reparo en destacar el comportamiento deshonroso y cruel de muchos generales romanos en su lucha con los indígenas, frente a otras fuentes claramente favorables a Escipión y sus amigos que pretenden enmascarar o endulzar tales hechos.

De lo dicho hasta ahora se deduce con facilidad que Apiano no es un historiador que teorice sobre la historia en sí o haga una historia filosófica, sino un artesano más o menos hábil e instruido que recopila y compendia una extensa cantidad de datos con unos fines concretos y desde una perspectiva ética y política que aflora en algunos lugares de su obra. De ahí que, a nuestro juicio, términos tales como *aitía alēthês*, *próphasis tò phanerón* y *arkhē*, que utiliza, por ejemplo, al analizar los móviles que indujeron a Aníbal a invadir Italia (véanse *Ib.* 10; *An.* 1 y 3), hay que entenderlos como una terminología al uso dentro de la tradición historiográfica y no como manifestación refleja del principio de causalidad.

Merecen destacarse entre el conjunto de libros que integran su obra histórica, aquellos relativos a las Guerras Civiles y, en especial, el libro I, en cuyos capítulos de introducción a las mismas afirma el autor cómo la *homónoia* y la *eutaxía* de la época imperial son consecuencia de todo el período de luchas civiles precedente, que arranca de la tragedia de los hermanos Gracos y va al *unísono* con la monarquía nacida del poder militar de esta etapa de revueltas. Interesante resulta

lo referente a la cuestión agraria y, en general, todo el contenido de este libro, por ser testimonio fundamental para esta etapa de la historia de Roma. No obstante, hay muchas otras partes importantes y estimables en su obra. Sobre todo, aquellos sucesos para los que Apiano es fuente principal o exclusiva, así, por ejemplo, en la narración de las guerras celtíbero-lusitanas y su episodio final de la toma de Numancia (*Ib.* 44-99). De indudable valor es la historia de la tercera guerra púnica descrita en su libro *Sobre Africa* y, en especial, lo referente al asedio y destrucción de Cartago, hecho para el que también Apiano es nuestra fuente principal. A estas partes de su obra que presentan un relato continuado y valioso por distintos motivos habría que añadir aquellos otros datos aislados, algunos de interés particular para nosotros, como la fundación de Itálica por Escipión (*Ib.* 38), etc.

Una característica a reseñar en su historia es el gusto por relatar multitud de estratagemas de las que se servían los generales o caudillos en sus operaciones militares, de ellas están llenos los libros *Sobre Iberia* o *La guerra de Aníbal* (la batalla de Cannas, por ejemplo, la reduce Apiano a la combinación, por parte de Aníbal, de cuatro estratagemas diferentes). Este aspecto de su historia ha sido también objeto de censura por parte de la crítica moderna, que ha querido ver en ello un tono novelesco y de invención. Sin embargo, es posible que en muchos casos esta crítica venga motivada por la ausencia de las mismas en otras fuentes tenidas por mucho más valiosas, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Cannas, donde Polibio no las menciona, y no porque el relato de Apiano resulte de por sí increíble o inverosímil. Al contrario, creemos que con frecuencia son perfectamente posibles y, tal vez, acordes con la genialidad e idiosincrasia de sus autores, Viriato, Aníbal, etc.

Abundan también en su historia las hazañas y gestas individuales en las que se muestra a los distintos protagonistas como auténticos motores y artífices del acontecer histórico. En este hecho hemos de ver, sin duda, un reflejo del gusto por el factor individual en la historiografía helenística, a la que pertenecen algunas de sus fuentes, y de otros autores de la época imperial y de la analística romana.

La obra de Apiano está llena, por lo demás, de toda clase de defectos, tales como adulteraciones, falta de exactitud en los detalles, ausencia de rigor cronológico, geográfico, etc. Algunos de estos errores o defectos podrían explicarse por el carácter sintético de su historia, que redunda en detrimento de una mayor abundancia de datos y una mejor ligazón y explicación de los mismos. En lo que hace a la datación de los sucesos históricos, él mismo, en el *Prólogo* (cap. 13), dice: «me pareció superfluo dar la fecha de todos los hechos y sólo mencionaré la de los más importantes», mostrando con ello un cierto desinterés por estas cuestiones. De otro lado, los errores cronológicos y geográficos, las cifras exageradas o distorsionadas, aunque a veces puedan ser intencionadas o imputables a él, en otras muchas habría que atribuírselas a sus fuentes. Y, en general, esto es una constante entre los historiadores del mundo antiguo, y ni siquiera los más grandes se han visto libres de ellos. Las condiciones de trabajo, el acceso a las fuentes, los criterios y el método seguido podrían explicarnos muchos otros defectos.

Por todo ello, creemos que, a veces, ha sido excesivo el rigor con el que se ha censurado a Apiano, rigor que ha llevado a imputarle y tener como suyos todos aquellos pasajes carentes de valor o donde se distorsiona la realidad de los hechos, y en cambio, a omitir su nombre, aunque sea su relato el único conservado, en otros de valía indudable, atribuyéndolos sin más al mérito

de su fuente, sea ésta Polibio, Livio o cualquier otro, como más de una vez se ha hecho. Diremos, para concluir este apartado, que una justa adecuación y conformidad con la realidad histórica era algo naturalmente necesario y exigible, pero, en general, lo que el historiador antiguo pretendía con su obra era, entre otros objetivos, el crear una escenografía adecuada en la que pudiera exponer los hechos a la luz de las ideas políticas y los principios éticos que él sustentaba. Y aunque ello no se vea, en ocasiones, con demasiada nitidez en el caso de Apiano, no es ajeno a esta perspectiva y puede resultar, desde ella, tan válido como muchos otros.

Otro aspecto de su obra al que debemos referirnos es el relativo a los discursos que se contienen en ella. Este hecho, por lo demás, es una constante en la historiografía greco-latina. Los historiadores griegos y romanos de las épocas más dispares han gustado de insertar discursos que jalonan el desarrollo de los acontecimientos. La variedad y calidad de los mismos varía, como se sabe, de un autor a otro y, en especial, es diferente también la función que desempeñan en el plan general de la obra. En Apiano, sin que abunden en exceso como es el caso de Livio, por ejemplo, hay bastantes muestras de ellos en el transcurso de su obra, sobre todo en los libros de las Guerras Civiles, y constituyen, junto con otras partes de su relato histórico, desde un punto de vista estilístico, lo más valioso de su historia. En algunos de sus discursos se puede apreciar un cierto artificio y efectismo retórico en la línea de la oratoria liviana y de la analística. Con ello no queremos decir que exista sólo un ropaje formal y vaciedad de contenido, que se trate, en suma, de meros pastiches sin conexión con la realidad circundante. Precisamente en las piezas oratorias que se encuentran en los libros de las Guerras Civiles cabe apreciar una clara

intencionalidad al servicio de la óptica bajo la que trata el historiador los acontecimientos que narra, así sucede, por ejemplo, en el gran debate que se abre en la cámara senatorial (cf. III 45 ss.), en donde Pisón defiende a Antonio y se puede palpar un sentimiento de hostilidad claro de Apiano hacia Cicerón, etc. Quizás la perfección formal que alcanza en algunas de estas intervenciones retóricas, en contraste con el tono ramplón y monótono de muchas otras partes de su obra, se deba, entre otras razones, bien a la calidad de la fuente y fidelidad a la misma, o a su experiencia práctica y cotidiana en tareas forenses, lo que debió de hacerle conocedor de los variados recursos de la retórica.

Su estilo, en general, es claro y sencillo, no hace gala de ningún tipo de pretensión literaria u ornamental, resulta, por el contrario, un tanto aburrido y pedestre. A veces suele contagiarse del carácter sintético del contenido y adquiere una concisión y laconismo que lo asemejan a breves apuntes de un diario de campaña. Con todo, hay momentos en los que su prosa cobra una rara vitalidad teñida de dramatismo que atrae al lector, pero son las excepciones. Aunque no cabe apreciar en él una clara influencia aticista, pese a lo que cabía esperar dado la época en que vive, sí hay rasgos, a mi juicio, que habría que atribuírselos al aticismo. Entre ellos señalaré dos: el uso del dual, ya perdido totalmente del habla cotidiana por esta época y el uso abundantísimo del optativo, especialmente en oraciones subordinadas en las que había sido relegado con fecha muy anterior, así, en las oraciones finales y en las completivas de temor, aunque aparece en casi la totalidad de usos y oraciones de época clásica. Si se compara, en este aspecto, con Polibio, Diodoro o cualquier otro autor de su tiempo claramente no aticista, la diferencia es notable. Es de destacar también, aunque este rasgo sea pertinente a muchos autores griegos, el uso abundante

de participios que se yuxtaponen alargando los períodos en exceso, con ausencia de nexos subordinativos que dejan las frases un tanto sueltas.

En resumen, Apiano no fue un historiador nato, sino un funcionario que se aplicó, al final de su vida, al quehacer histórico, impulsado, tal vez, por su admiración y gratitud para con la gran nación, un imperio en su época, que lo había recompensado con un puesto de favor. Su historia está plagada de defectos, ya esbozados anteriormente, lo que hace que deba ser utilizado con suma cautela. Sin embargo, por la gran cantidad de datos que su obra contiene, por la importancia del período histórico que abarca y por el hecho de que, a veces, sea la única fuente o la más completa de las conservadas, se le debe tener en cuenta.

2. *El texto de la «Historia Romana»*

La relación más completa que ha llegado hasta nosotros de la obra histórica de Apiano es la de Focio, patriarca de Constantinopla, que murió en el año 891 de nuestra Era. Él escribió una enciclopedia de literatura titulada *Biblioteca* (o *Miriobiblon*), que contenía, en 280 capítulos con numerosos extractos, datos relativos a 280 autores cuyas obras existían aún. Parece que tuvo ante sus ojos un ejemplar completo de la *Historia Romana* de Apiano. En su obra (*Bibliot.* 57) enumera veinticuatro libros de la historia de Apiano [27].

---

[27] Las otras relaciones son del propio Apiano en su *Prólogo* (cap. 14) y de dos Anónimos (cf. la edición de SCHWEIGHÄUSER, vol. III, págs. 10 y sigs., y también la de Mendelsshon, *Prefacio*, pág. VII). Como Apiano, al detallar en el *Prólogo* los diversos libros de su obra, no menciona todos los que aparecen en la relación completa de Focio, cabe pensar que aquél fue compuesto antes de que hubiera terminado de escribir la totalidad de su obra. De otro lado, parece que Apiano no llegó

Una obra tan extensa y variada, todavía en época bizantina, era lógico que sufriera serios avatares en el curso de su transmisión. Las razones pueden ser de muy diverso tipo, pero cabría citar entre otras que hubo una serie de libros que, tal vez en razón a que se sintieron de mayor importancia que el resto, fueron seleccionados y difundidos, y que otros, al estar recogidos fragmentariamente en base a argumentos específicos y similares en *Excerpta* de época bizantina, se transmitieron de este modo perdiéndose el contenido restante. Finalmente hubo otro grupo que se perdió casi en su totalidad, hecho quizás debido al puro azar de la transmisión.

Dividiremos este análisis sucinto de la historia del texto en dos grandes apartados: uno dedicado a la tradición manuscrita, y el otro, a las ediciones y traducciones de su obra.

A) La tradición manuscrita de la «Historia Romana» de Apiano.

La fuente principal para el conocimiento del texto de Apiano es la tradición manuscrita, ya que las citas en otros autores carecen de importancia al no haber tenido apenas repercusión su obra.

Se pueden establecer tres grandes grupos: los manuscritos que contienen aquellos libros conservados en su totalidad, los manuscritos que contienen los fragmentos de otros libros recogidos en los *Excerpta* bizantinos y, finalmente, los manuscritos del *Suda*.

Los libros conservados completos son, además del *Prólogo*, los siguientes: *Sobre Iberia, La guerra de*

---

nunca a escribir el libro sobre economía civil y militar de Roma (cf. *Pról.* 15) que promete como broche de su historia. Scheweighäuser piensa que podía haber un argumento de este libro en la *Hecatontecia*.

Aníbal, Sobre Africa, Sobre Iliria, Sobre Siria, Sobre Mitrídates y los cinco libros de *Las Guerras Civiles.* Hay que incluir también en esta primera relación un *Epítome del libro «La historia de la Galia».*

Los manuscritos que recogen este primer bloque de libros son relativamente numerosos y sólo citaremos los principales [28]. El más antiguo de todos es el *Vaticanus gr.* 141 (V), de los siglos XI y XII; el *Marcianus gr.* 387 (B), que data de 1440 d. C.; el *Vaticanus gr.* 134 (V, J en Dilts), del siglo XV; el *Vaticanus Pii II gr.* 37 (D), del siglo XV; el *Laurentianus* 70.5 (1), del siglo XV; el *Parisinus gr.* 1672 (F), de principios del siglo XIV, y el *Parisinus gr.* 1642 (E), del siglo XV.

De todos estos manuscritos detenta la primacía indiscutible el *Vat. gr.* 141, que contiene el *Prólogo,* el *Epítome del libro «La historia de la Galia»* (ambas partes, del siglo XII), el libro *Sobre Iberia,* el de *La guerra de Aníbal* y *Sobre África* (estos últimos, del siglo XI). El manuscrito *Laurentianus* LXX.26, que contiene el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal* así como el manuscrito que manejó Enrique Estéfano para su edición de estos libros en 1557 dependen del anterior, según vio ya Mendelsshon en su edición y recogen Viereck y Roos en la suya [29]. Respecto al *Prólogo,* Viereck y Roos piensan que hay que mirar también los

[28] Para una relación completa, así como para el contenido de cada manuscrito, se pueden consultar VIERECK, 1962, Prefacio, págs. XXXII-XXXIII, y M. R. DILTS, «The manuscripts of Appian's Historia Romana», *Rev. d'Hist. Text.* 1 (1971), 49-71. Adoptamos, para los manuscritos, las siglas de la edición de VIERECK, 1962, y las de la edición de DILTS en aquellos otros que no colaciona Viereck.

[29] Prefacio, pág. XIII. Sobre los manuscritos que contienen el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal,* Dilts anuncia, en el artículo citado, un nuevo trabajo (cf. pág. 49, n. 2) que no hemos encontrado publicado, pero ratifica la supremacía del *Vaticanus gr.* 141 sobre todos ellos.

manuscritos de la familia (O) y los utilizados por Cándido Decembrio (C), ya que éstos serían irreductibles a aquél[30]. En cambio, P. Maas[31] en su reseña a la edición de Viereck y Roos no considera sostenibles las razones aducidas por los anteriores para tal afirmación, ni tampoco Dilts en el artículo citado.

Los restantes manuscritos de este primer grupo se dividen en dos familias: la familia (O) y la familia (i). Esta división se debe a Mendelsshon[32] y hoy se acepta plenamente. Error de este último fue, no obstante, considerar el manuscrito *Monacensis gr.* 374 (A) como manuscrito primario de la familia (O), pero esto fue subsanado por Viereck en su edición, de 1905, de los libros de *Las Guerras Civiles.* Hoy ha quedado establecido que este manuscrito (A) desciende del primario *Marcianus gr.* 387 (B), y Dilts precisa que a través del *Vaticanus gr.* 1612 (K), pues presenta errores extraños a la familia (O), y que tienen su base en el manuscrito *Escurialensis* T. II.4 (143) (n) perteneciente a la familia (i). Los manuscritos primarios para la familia (O) serían, pues, a juicio de Dilts, el B, D y J (V.134 en Viereck y Roos).

Diferencia importante existe entre Viereck-Roos y Dilts respecto a los manuscritos F, E y L (*Vossianus miscellaneus* 7), pues aquéllos los consideran pertenecientes a la familia (O)[33], en tanto que éste los considera pertenecientes a (i)[34]. Para Dilts, además, los manuscritos F, E son, junto con l, los tres manuscritos primarios de la familia (i), pero con la diferencia de

---

30 Véase *Prefacio,* pág. XIII.

31 En *Jour. Rom. Stud.* 38 (1948), 144, n. 1. Sin embargo, las observaciones de Maas en la citada reseña no conciernen al texto de las *Guerras Civiles.*

32 «Questiones Appianeae», *Rhein. Muse.* 31 (1876), 201-218.

33 Cf. *Prefacio,* pág. XV.

34 Cf. *art. cit.,* págs. 50, 61 y 62.

que l derivaría directamente del arquetipo (i), y F, E derivarían de (i) a través de un hiparquetipo (Z) hoy perdido, del que provienen independientemente. Diferencia sustancial también entre Viereck-Roos y Dilts es el hecho de que los primeros ignoran l y hacen derivar lecturas de la familia (i) de manuscritos tales como el *Parisinus gr.* 1681 (a), *Parisinus gr.* 1682 (b), *Laurentianus* LXX.33 (f) o *Vratislavensis Rhedigeranus* 14 (d), apógrafos de l, según Dilts, los dos últimos y de los que, a su vez, dependen a, b directa o indirectamente.

Schweighäuser favoreció la familia de manuscritos (O), pues consideró al manuscrito A como el mejor y este error lo compartió Mendelsshon, como dijimos antes, y aunque fue subsanado por Viereck, sin embargo, tanto éste como Roos encuentran de más valor los manuscritos de la clase (O), «*primarii generis* (*O*)»[35] los llaman, que los de la clase (i), «*deteriorii generis* (*i*)»[36].

Queda hacer un breve referencia, dentro de este primer grupo, a los manuscritos utilizados por Cándido Decembrio para su versión latina de Apiano en dos volúmenes. Viereck y Roos los signan como (C) y los tienen por inferiores a (O) observando que hay en ellos lecturas que se apartan de (O) e, incluso, lagunas no existentes en (O) e (i)[37]. Según Dilts[38], las copias de los manuscritos d, f fueron las que Cándido tomó de la Biblioteca de San Marcos el 7 de diciembre de 1450[39].

---

35 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIV y XV.

36 *Ibid.*, pág. XVI. Sin embargo, véase la crítica que hace, al respecto, Oldfather en *Amer. Jour. Philo.* 63 (1942), pág. 486.

37 Cf., para más detalles, *Prefacio*, págs. XV y XVI.

38 *Art. cit.*, págs. 55 y 56.

39 Véase recientemente, sobre este particular, A. KORANYI, *The manuscripts of Pier Candido Decembrio's Latin translation of Appian's «Historia Romana»*, tesis doct., Universidad de Nueva York, 1975.

El segundo grupo de manuscritos, distinto por su origen y contenido, está integrado por aquellos que recogen las recopilaciones bizantinas a partir de obras de historiadores antiguos realizadas por orden del emperador Constantino Porfirogéneta (912 a 959 d. C.). Estas recopilaciones o extractos aglutinaban, bajo títulos diversos, cada uno correspondiente a un tema determinado, pasajes procedentes de autores varios pero relacionables en función de dicho tema. De los títulos conservados, los que tienen interés para Apiano son tres: *De legationibus* (*Romanorum* y *gentium*), *De uirtutis et uitiis*, y *De sententiis*[40]. En general a estos *Excerpta* se les conoce como *Excerpta Constantiniana.*

Los *Excerpta de legationibus* se han conservado en un número bastante considerable de manuscritos de fines del siglo XVI, todos los cuales, no obstante, dependen del viejo manuscrito *Escurialensis* destruido en un incendio en 1671[41].

Los *Excerpta de uirtutibus et uitiis* y los *Excerpta de sententiis* están conservados en manuscritos únicos, los primeros en el *Turonensis* C 980 (P) (antes *Peirescianus*) del siglo XI, y los segundos en el *Vaticanus gr.* 73 rescriptus (Z) del siglo X u XI.

Los *Excerpta* recogen fragmentos de los libros siguientes: *Sobre la realeza, Sobre Italia, El libro samnita, Sobre la Galia, Sobre Sicilia* (todos ellos perdidos),

---

40 Aunque el original era griego, doy el equivalente latino por motivos de edición. Para los *Excerpta*, hay que recurrir a la edición magistral de U. Ph. Boissevain, C. de Boor, Th. Büttner-Wobst y A. G. Roos, *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vols. I-IV, Berlín, 1903-1906. Los fragmentos de los *Excerpta* de la presente traducción están citados por dicha edición siguiendo a la teubneriana.

41 Cf. Viereck, 1962, *Prefacio*, pág. XVII, y en general, para los manuscritos de los *Excerpta*, las págs. XXXII-XXXIII, donde remite a los lugares concretos de la edición de Boissevain en los que se da cuenta de cada manuscrito.

y de los libros *Sobre Numidia*, y *Sobre Macedonia* (también perdidos) que debieron formar parte de los libros *Sobre Africa* y *Sobre Iliria* respectivamente, bien como apéndices o de forma independiente y, como dijimos, estos últimos se han conservado[42]. Para los libros perdidos constituyen, por tanto, los *Excerpta* una fuente básica y exclusiva, y de ahí también la importancia de los manuscritos que los contienen. En cambio, para los libros *La guerra de Aníbal*, *Sobre Iberia* y *Sobre Africa*, de los que existen además fragmentos en los *Excerpta*, al haber una tradición manuscrita paralela que los transmitió enteros, su importancia decrece. Sin embargo, hay que contar con ellos, sobre todo en aquellas lecturas que discrepando de la otra tradición manuscrita puedan deberse a manuscritos utilizados por los compiladores de los *Excerpta*. De otro lado hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita de los *Excerpta* trabaja sobre un material en sí ya limitado, dado el carácter de resumen, de recopilación de temas varios cuales fueron los *Excerpta Constantiniana*, y dado que, a su vez, los propios escribas en muchas ocasiones no transmitieron con fidelidad el texto de los *Excerpta*, sino que introdujeron modificaciones, omitieron partes e, incluso, condensaron aún más el propio texto de éstos, contagiados tal vez por el carácter extractado del original.

Es posible que los excerptores de Constantino sólo tuvieran presente un volumen de la totalidad de la obra de Apiano que contenía los nueve primeros libros, pues no hay rastro en ellos del resto de los libros conservados ni del resto de los perdidos.

El último grupo de manuscritos lo constituyen aquellos que transmiten las glosas históricas del *Suda*, que, al parecer, pudieron haber sido tomadas de los *Ex-*

---

42 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. VI y n. 2, 3.

cerpta, y hay que tenerlo en cuenta, por consiguiente, junto con los manuscritos de aquéllas. Los manuscritos del *Suda* son: *Parisini* 2625 y 2626 (A), *Bruxellensis* 59 (E), *Angelicanus* 75 (I) y *Vossianus bibl. Lugdunensis* 2 (V). También cabe encontrar en ellos errores, omisiones, compendios o modificaciones imputables al *Suda*, pero hay muchos pasajes de los libros transmitidos de manera fragmentaria que aparecen tan sólo en él. Quedan por citar otros vestigios de la obra de Apiano, de importancia muy inferior a los mencionados con anterioridad [43]. Así, dos fragmentos, uno del libro veinticuatro *Sobre Arabia*, ya mencionado antes en esta Introducción, y otro, inserto en el libro *Sobre la realeza*, acerca de Rómulo y Remo [44]. De otra parte, Gemistio Plethon, un compilador tardío, tiene un amplísimo resumen de ciertas partes del libro *Sobre Siria* al que Viereck y Roos confieren un valor notable en su edición. Un número considerable de fragmentos, pero de extensión brevísima, conservó el *Léxicon perì syntáxeos* a partir del manuscrito *Cosliniano* 345 editado por Bekker en el año 1814 en *Anecdotis Graecis*, vol. I, págs. 117 ss. Por último, Zonaras menciona dos veces a Apiano (véanse frags. 17 y 18 de la edición de Viereck y Roos, página 534).

Los libros perdidos totalmente, según la relación completa que da Mendelsshon de los libros de la *Historia Romana* de Apiano, habida cuenta de las relaciones del propio Apiano, de Focio y de los dos Anónimos de Schweighäuser, serían: *Sobre la Hélade y la Jonia*,

---

[43] Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIX-XX. Para el *Suda*, véase la edición de ADA ADLER, Leipzig, Teubner, 1928-1938. Las citas del *Suda* en los fragmentos procedentes de aquél están tomadas de Viereck, que sigue la edición de ADLER.

[44] Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. XX.

cuatro libros *Sobre Egipto*, *La Hecatontecia*, *Sobre la Dacia*, y el libro *Sobre Arabia*[45].

B) Ediciones de la «Historia Romana» de Apiano.

a) *De los libros completos.*

La primera edición del texto griego de Apiano la llevó a cabo, en 1551, Carlos Estéfano, que publicó en París una *Editio Appiani* que comprendía el *Prólogo*, el *Epítome del libro de la Galia*, el libro *Sobre África*, un fragmento del libro *Sobre Iliria*, el libro *Sobre Siria*, el libro *Sobre Mitrídates*, y los cinco libros de las *Guerras Civiles*, dispuestos según este orden. Se sirvió, para su edición, de los manuscritos *Parisinus* 1681 (a) y *Parisinus* 1682 (b).

En el año 1557, Enrique Estéfano publicó en Génova los libros omitidos por Carlos, a saber el libro *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, junto con fragmentos de Ctesias, Agatárquides y Memnón. Utilizó, para ello, un modelo muy deficiente que había recibido de Arnoldo Arlenio con motivo de un viaje a Italia.

En el año 1592, Enrique Estéfano publicó en Génova otra *Editio Appiani* para la que utilizó su edición de 1557 de los libros *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, y los demás libros los tomó de la edición de Carlos Estéfano, de 1551, sin tener en cuenta otros testimonios, lo que hizo que para el libro *Sobre Iliria* se sirviera sólo de un fragmento conservado en la familia (i) de los deteriores. David Hoeschelio, en 1599, publicó una *Editio Appiani Illyricorum* a partir del manuscrito *Monacensis gr.* 374 (A) (en otro tiempo *Augustanus*). Carece de valor la *Editio Appiani* de Alejandro Tolio de 1670 que nada añade a las de Ursino y Hoeschelio.

[45] Para más detalles, Viereck, 1962, *Prefacio*, págs. VI y VII, con notas.

Una edición importante, exponente claro de la labor filológica del siglo XVIII, fue la de J. Schweighäuser, *Appiani Alexandrini Romanorum historiarum quae supersunt*, 3 vols., Leipzig, 1785. En ella cita trece manuscritos que él examinó o conoció a través de colaciones hechas por otros. Utilizó los manuscritos *Parisini* 1681 (a) y 1682 (b) (en su edición *Reg.* A y B, respectivamente), ya utilizados por Carlos Estéfano, pero que volvió a revisar con todo cuidado. También se sirvió de otros manuscritos, hoy considerados de la clase (i), así como del manuscrito más antiguo, el *Vaticanus gr.* 141 (V), si bien no lo manejó personalmente, y de otros pertenecientes a la clase (O) tales como el *Monacencis gr.* 374 (A), *Marcianus gr.* 387 (B), *Vaticanus gr.* 134 (V en Viereck-Roos, J en Dilts), *Parisinus gr.* 1642 (E, *Reg.* C en Schweighäuser, y atribuido a (i) por Dilts), etc. Sin embargo, con todo lo que supuso esta edición, contribuyó poco a una investigación sistemática de los manuscritos. En efecto, ya reseñamos la no utilización directa del manuscrito más antiguo V 141, a lo que se podría añadir que el B, manuscrito primario de (O) lo conoció a través de una colación malísima hecha por Paulo Blessingio Ulmenso, lo cual hizo que considerara a A primario de (O), error ya antes señalado, y no a B como hoy está establecido, etc.

A la edición de Schweighäuser siguieron las de Teucher (Lemgo, 1796-1797), Schaefer (Leipzig, 1929), Fr. Dübner en la *Bibliotheca Didotiana* (París, 1840) y Bekker en la Teubner (Leipzig, 1852-1853), estas últimas más valiosas que las anteriores.

Sin embargo, el primer estudio verdaderamente crítico estuvo a cargo de L. Mendelsshon. Fue él quien en sus *Questiones Appianeae* y en su edición *Appiani Historia Romana*, 2 vols., Leipzig, 1879-1881, dio un paso definitivo para el establecimiento del texto de Apiano

y de su tradición manuscrita. Y de él dependen, en buena parte, las ediciones posteriores.

J. L. Strachan-Davidson editó *Appian Civil Wars: Book I with notes and map*, en Oxford, At Clarendon Press, 1902. Otras ediciones modernas son las de L. Mendelsshon y P. Viereck, *Appiani Historia Romana*, vol. II, Leipzig, 1905, en la Teubner, que sólo comprendía los libros de las *Guerras Civiles*. El resto de la obra fue publicado por P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, vol. I, Leipzig, 1939, en la Teubner, contenía un índice de nombres preparado por J. E. Niejenhuis que ha sido suprimido de la reimpresión de este volumen, en 1962, corregida por Gabba, para añadirlo al segundo volumen que él mismo prepara.

H. White publicó la *Appian's Roman History*, con traducción al inglés, en cuatro volúmenes, en la Loeb Clasical Library, 1912/1913 (reimp. hasta 1964).

E. Gabba editó *Bellorum civilium liber primus* con Introducción, comentario y traducción en la Bibliote. di Studi Super., Florencia, 1958 (2.ª ed. 1967). Y, por último, este mismo autor publicó la edición de *Bellorum civilium liber quintus*, con comentario y traducción en la Bibliote. di Studi Super., Florencia, 1970.

b) *Ediciones de los «Excerpta Constantiniana»*.

Hemos puesto en un grupo aparte las ediciones de los *Excerpta*, que ampliaron el texto de Apiano según expusimos antes.

Fulvio Ursino, en 1582, editó en Amberes los *Excerpta de legationibus* en una obra titulada *Ex libris Polybii selecta de legationibus et alia*. Los manuscritos de los que hizo uso fueron el *Vaticanus gr.* 1418 (V) y el *Neapolitanus* III, B 15 (N).

Con posterioridad, en el año 1630, Enrique de Valois publicó en París los *Excerpta de uirtutibus et uitiis*, a

partir del manuscrito *Peirescianus* (P), que había recibido de Nicolás Peirescio, hoy *Turonensis* C 980 [46].

Los *Excerpta de sententiis*, tercero y último de los títulos de los *Excerpta Constantiniana* que contenían fragmentos de la historia de Apiano, fueron publicados en Roma, en 1827, por Ángel Mai [47], y algunos fragmentos de esta edición fueron insertados por Dübner y Bekker en sus respectivas ediciones [48].

La edición más importante, completa y moderna de los *Excerpta* es la de Boissevain, Boor, Büttner-Wobst y Roos [49].

c) *Traducciones.*

La primera versión de la obra de Apiano es la que realizó, en latín, Pedro Cándido Decembrio en 1452. Comprendía dos volúmenes: el primero de ellos con el *Prólogo*, los libros *Sobre África, Sobre Siria* y *Sobre Mitrídates*; el otro contenía los cinco libros de las *Guerras Civiles*, el libro *Sobre Iliria* íntegro, y el *Epítome del libro «Sobre la Galia»*.

Cecilio Secundo Curio editó en Basilea, en 1554, con una traducción incorporada del libro *Sobre Iberia* hecha por él mismo, la excelente versión latina de la edición de Carlos Estéfano realizada por Segismundo Gelenio y que éste no pudo publicar por sobrevenirle la muerte. M. Mastrofini publicó en Milán, en 1830, una traducción italiana de Apiano, que sólo conozco de referencia. La

---

46 Su título completo era *Polybii, Diodori Siculi, Nicolai Damasceni, Dionysii Halicarnasensis, Appiani Alexandrini, Diodori et Ioannis Antiocheni excerpta ex collectaneis Constantini Augusti Porphyrogenetae*, París, 1634.

47 El título de la misma era *Scriptorum ueterum noua collectio e Vaticanis*, edita ab Angelo Maio, Roma, 1827.

48 En 1830, J. Lucht publicó *Polybii et Appiani Historiarum Excerpta Vaticana* en Altona.

49 Cf. nota 40 a esta Introducción.

edición de la Didot contiene también una traducción latina.

Entre las traducciones modernas en lengua extranjera se cuentan las de los libros I y V de las *Guerras Civiles*, por Gabba, autor que conoce en profundidad esta parte de la obra histórica de Apiano. Cabe destacar la traducción inglesa de H. White, de gran calidad en su conjunto, aunque a veces cuida más el estilo que la fidelidad al texto.

En castellano no conozco ninguna traducción, salvo la fragmentaria, y reducida al libro *Sobre Iberia*, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. III, a cargo de P. Bosch Gimpera, y vol. IV, por P. Bosch Gimpera y L. Pericot (publicada en Barcelona, en 1935 y 1937, respectivamente). Brevísimos fragmentos de las *Guerras Civiles*, los relativos a Iberia, se encuentran en el vol. V [50].

La presente versión de Apiano pretende ser fiel al texto griego, de acuerdo con las normas de esta editorial. Para ello, me he visto obligado a sacrificar, en bastantes ocasiones, una prosa más elegante y un mejor estilo en función de la máxima fidelidad al original. La monotonía y escasa pretensión literaria que puede apreciarse en la versión castellana reproduce, a nuestro juicio, la constante general del estilo del autor que, salvo casos esporádicos, resulta, como dijimos, bastante mediocre desde una perspectiva estilística. Hemos tenido presente la edición de H. White (reimp. 1964), cuya numeración en general reproducimos, y la de P. Viereck y A. G. Roos (reimp. de 1962), de la que tomamos las referencias más explícitas de los *Excerpta* y el fragmento de Rómulo y Remo, en el libro *De la realeza*, que no aparece en la edición de White.

50 Para más detalles sobre traducciones a otras lenguas modernas, como el ruso, y sobre otros traductores italianos, véase E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XL-XLI de la Introd.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía existente sobre Apiano no es demasiado amplia, al menos no tanto como para otros historiadores griegos, y gran parte de la misma consiste en artículos de revista sobre partes más o menos extensas de su obra y en torno al problema de las fuentes. Hay que decir, además, que buena parte de esta bibliografía toca a Apiano de manera, en cierto modo, indirecta, pues versa sobre la tradición literaria y el problema de las fuentes en otros autores griegos y latinos, en especial Livio y un sector de la analística romana, por lo que es importante tener presente la bibliografía de esta área de la historiografía romana. En otros casos se trata de trabajos sobre cuestiones de tipo muy diverso y, en general, concreto, a la luz del testimonio de Apiano. En este apartado no vamos a repetir las ediciones de sus libros ni aquellos otros estudios mencionados a lo largo del presente volumen. Se trata tan sólo de una bibliografía seleccionada y, en su mayor parte, reciente. Para la bibliografía más antigua, se puede consultar la existente en la Introducción de Viereck, 1962, págs. 35-37, y para la más reciente, el capítulo (y apéndices) sobre los historiadores griegos a cargo de G. T. Griffith, en *Fifty Years (and twelve) of Classical Scholarship*, 2.ª ed., 1968 (véase referencia exacta en nuestra Introducción, n. 9), y los grandes repertorios bibliográficos, como *L'Année Philologique.*

G. Bruno Sunseri, «Sul presunto antiromanesimo di Timagene», *Studi E. Manni*, Roma, 1976, págs. 91-101.

P. Desideri, «Posidonio e la guerra mitridatica», *Athenaeum* 51 (1973), 237-269.

J. H. FORTLAGE, «Die Quellen zu Appians Darstellung der politischen Ziele des Tiberius Sempronius Gracchus», *Helikon* 11-12 (1971-1972), 166-191.

H. G. GUNDEL, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos 147-139 a. C.», *Cesaraugusta* 31-32 (1968), 175-198.

I. HAHN, «Appian und Hannibal», *Act. Ant. Hung.* 20 (1972), 95-121.

—, «Appians Darstellung der sullanischen Diktatur», *Act. clas. Debre.* 10-11 (1974-1975), 111-120.

H. J. KUEHNE, «Appians historiographische Leistung», *Wiss. Zeits. Rostock* 18 (1969), 345-377.

P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Apiano* (Ann. Fac. Let. Cagl. 22), Roma, 1955.

A. MIGHELI, «Le Memorie di Augusto in Appiano, *Illyrica* 14-28», *Ann. Fac. Let. Cagl.* 21 (1953), 197 sigs.

A. SCHULTEN, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, Band I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914; Band III: *Die Lager des Scipio* (en especial *Exkurs* I: *Die Quellen von Appians Iberica* 1-43), Munich, 1927.

—, «Viriatus» = *Viriato* [trad.], Santander, 1920.

—, *Geschichte von Numantia* = *Historia de Numancia* [trad. L. PERICOT], Barcelona, 1945.

W. SOLTAU, «Zur Chronologie der hispanischen Feldzüge 212-206 a. C.», *Hermes* 26 (1891), 408-439.

XI

SOBRE SIRIA

SINOPSIS

1. El reino de Antíoco el Grande.
2. Antíoco y los romanos.
3. Tentativas frustradas de paz.
4. Aníbal se une a Antíoco en Éfeso.
5. Alianzas matrimoniales de Antíoco.
6. Embajada de Antíoco a Roma.
7. Consejos de Aníbal a Antíoco.
8. Aristón, mensajero de Aníbal, en Cartago.
9. Embajadores romanos se encuentran con Aníbal en Éfeso.
10. Charla entre Escipión y Aníbal sobre el generalato.
11. Mezquindad de Flaminino. Oráculo sobre el lugar de la muerte de Aníbal.
12. Embajada etolia a Antíoco. Éste ocupa Eubea.
13. Antíoco se alía con Aminandro, rey de los atamanes, y con los tebanos.
14. Aníbal reitera sus consejos que son desoídos.
15. Los romanos se preparan para la guerra.
16. Filipo se une a los romanos. Antíoco inverna en Calcis.
17. Los romanos cruzan el Adriático y Antíoco ocupa las Termópilas.

18-19. La batalla de las Termópilas. Antíoco es derrotado.

20. Huida de Antíoco a Éfeso.
21. Expedición de Manio y Filipo. Antíoco fortifica el Quersoneso y prepara la defensa.

Antíoco, hijo de Seleuco y nieto de Antíoco, era rey 1
de los sirios, babilonios y otros pueblos y el sexto descendiente de aquel Seleuco que, a la muerte de Alejandro, fue rey de la parte de Asia de en torno al Éufrates. Invadió Media, Partia y otros pueblos sublevados desde época anterior a la suya, y por sus muchos y grandes hechos, fue llamado Antíoco el Grande. Envanecido por sus logros y por el sobrenombre que le procuraron éstos, invadió la Celesiria y una parte de Cilicia, arrebatándoselas a Tolomeo Filópator[1], rey de Egipto, que todavía era un niño. Y, llevado de una ambición desmedida, atacó a los helespontios, eolios y jonios, como si les pertenecieran por ser el señor de Asia, puesto que también en otro tiempo habían sido súbditos de los reyes de Asia. Después de atravesar Europa, trajo en sumisión a Tracia y redujo por la fuerza a quienes no le obedecían. Fortificó el Quersoneso y reconstruyó Lisimaquea, que había sido fundada por Lisímaco[2], el que reinó en Tracia después de Alejandro, para que fuera una fortaleza contra los mismos tracios, y a la que estos últimos, una vez muerto aquél, habían des-

[1] Error por Epífanes. En particular, sobre este libro, véase E. Gabba, «Sul libro Siriaco di Appiano», *Accad. nazio. d. Linc. Rendiconti: clas. di scienz. moral. ser. VIII*, 12 (1957), 339-351.

[2] En el 309 a. C.

truido. Antíoco la volvió a repoblar llamando a los ciudadanos que habían huido, comprando a los que en calidad de prisioneros de guerra habían sido vendidos como esclavos y añadiendo a otros más. Les proporcionó ganado vacuno y bovino, así como hierro para la agricultura, sin descuidar nada de lo preciso para un rápido impulso de su fortificación, pues le parecía que el lugar era un enclave excelente contra toda la Tracia y una base de suministros muy adecuada para todas las demás operaciones que tenía en proyecto.

2 Y éste fue el comienzo también de un claro desacuerdo con los romanos. Pues, cuando se dirigió a las ciudades griegas de aquella zona, la mayoría se pusieron de su lado y aceptaron guarniciones ante el temor de ser apresadas. Sin embargo, los habitantes de Esmirna y Lámpsaco y algunos otros que aún resistían, enviaron embajadores a Flaminino, el general romano que recientemente había derrotado en Tesalia, en una gran batalla, a Filipo de Macedonia, pues los asuntos de los macedonios y de los griegos estuvieron fuertemente vinculados entre sí en ciertas épocas y lugares, según he mostrado en mi historia de Grecia. Hubo algunos intercambios de embajadas, así como sondeos infructuosos entre Antíoco y Flaminino[3]. Los romanos y Antíoco hacía ya mucho tiempo que se tenían mutuo recelo; los primeros, porque estimaban que Antíoco no iba a guardar una actitud pacífica, envanecido como estaba por la extensión de sus dominios y por el punto culminante de sus éxitos, y Antíoco, por su parte, porque veía que sólo los romanos constituían el escollo principal para el incremento de su poder y que le iban a impedir el pasar a Europa. Cuando aún no se había

[3] Sobre las relaciones diplomáticas entre Antíoco y Roma, véase Holleaux, «Recherches sur l'histoire des negociations d'Antiochos III avec les Romains», *Rev. Étu. Anc.* 15 (1913), 1-24.

producido ningún motivo claro de enemistad entre ellos, llegaron a Roma embajadores de parte de Tolomeo Filópator[4] con la acusación de que Antíoco les había arrebatado Siria y Cilicia. Y los romanos se aprovecharon con alegría del pretexto que les llegaba en un momento oportuno y enviaron embajadores a Antíoco en apariencia para que procuraran una reconciliación entre éste y Tolomeo, pero, en realidad, para conocer a fondo los proyectos del primero e intentar estorbárselos en cuanto les fuera posible.

Gneo[5], el jefe de esta embajada, pidió a Antíoco 3
que permitiera a Tolomeo, como amigo de los romanos que era, reinar sobre cuantos territorios le dejó su padre y que, a las ciudades de Asia que habían formado parte del imperio de Filipo de Macedonia, las dejara independientes, pues no era justo que Antíoco mandara en aquellos lugares que los romanos habían quitado a Filipo. Manifestó, además, que desconocía por completo por qué razón había llegado él hasta la costa asiática procedente de Media, en el interior del país, con una flota y un ejército tan grandes, por qué había invadido Europa, construido ciudades allí y había sometido a Tracia, a no ser que estas operaciones fueran los preliminares de otra guerra. Antíoco respondió que Tracia había pertenecido a sus antepasados, y que se había zafado de esta dependencia aprovechando la dedicación de aquellos a otros asuntos, y que él, con tiempo para ello, la recuperó y reconstruyó Lisimaquea para que sirviera de residencia a su hijo Seleuco, pero que dejaba independientes a las ciudades de Asia, si estaban dispuestas a reconocerle el favor a él mismo y no a los romanos. «Soy pariente de Tolomeo —dijo—, y en breve,

[4] Véase n. 1 a este libro.

[5] El nombre del embajador, según Polibio (XVIII 49, 2), era Lucio Cornelio.

seré también su cuñado y procuraré que él consienta en mostraros su agradecimiento. Pero también a mí me causa perplejidad conocer con qué derecho los romanos se interfieren en los asuntos de Asia, sin que yo lo haya hecho jamás en los de Italia.»

4 De este modo se separaron unos y otros sin haber logrado nada positivo, pero habiendo roto ya en amenazas más abiertas. Y, cuando se propaló el rumor y la creencia de que Tolomeo Filópator[6] había muerto, Antíoco se apresuró a partir hacia Egipto con la intención de apoderarse de este país, mientras estaba vacante el trono. Se le unió a él, en Éfeso, Aníbal el cartaginés, fugitivo de su patria a causa de las acusaciones de sus enemigos, que decían a los romanos que era un hombre litigante, amigo de la guerra y que jamás sería capaz de vivir en paz. Por aquellas fechas, los cartagineses estaban sometidos a los romanos en virtud de un tratado. Antíoco recibió de forma espléndida a Aníbal por la fama de sus dotes militares y le retuvo a su lado. Cuando se enteró, en las proximidades de Licia, de que Tolomeo estaba vivo, desistió de Egipto y, esperando apoderarse en su lugar de Chipre, navegó con rapidez hacia ella. Pero le cogió una tormenta cerca del río Saro y, tras perder muchas naves, algunas incluso con sus tripulaciones y amigos, arribó a Seleucia, en Siria, y se dedicó a reparar su desmantelada flota. Allí celebró los esponsales de sus hijos Antíoco y Laódice a quienes había unido en matrimonio.

5 Y, resuelto a no mantener ya por más tiempo oculta su intención de hacer la guerra a los romanos, intentó captarse previamente a los reyes vecinos por medio de alianzas matrimoniales. A Tolomeo[7], en Egipto, le envió su hija Cleopatra apodada Sira, dándole como dote

[6] Véase n. 1 a este libro.

[7] Tolomeo V Epífanes.

la Celesiria que él mismo había arrebatado a Tolomeo [8], buscando así congraciarse ya con el joven rey para que se mantuviera al margen de la guerra contra los romanos [9]. A su hija Antióquide la envió a Ariárates, rey de los capadocios, y a la que le quedaba aún, a Éumenes, rey de Pérgamo. Sin embargo, este último rehusó, pues se dio cuenta de que Antíoco deseaba ya la guerra con los romanos y trataba de emparentarse con él para este evento. Y a sus hermanos Atalo y Filetero, que se extrañaban de que él hubiera declinado el parentesco con un rey tan poderoso y vecino y que, además, había tomado la iniciativa en la petición, les indicó que la futura guerra sería equilibrada para ambos en un principio, pero que, a la larga, se impondrían los romanos por su coraje y perseverancia. «Y yo —dijo—, si vencen los romanos, me veré consolidado en mi reino, y si resulta Antíoco vencedor, puedo esperar verme despojado de todo por mi vecino o que me permita seguir siendo rey, pero sometido, a su vez, a él.» Con tales razones, rechazó el matrimonio.

Antíoco descendió de nuevo al Helesponto [10] y, cos- 6
teando hasta el Quersoneso, se apoderó también, en esta ocasión, de una gran parte de Tracia por medio de la sumisión y la conquista. Concedió la libertad a cuantos griegos eran súbditos de los tracios y otorgó muchos favores a los bizantinos, dado que su ciudad está en una posición privilegiada en la boca del Ponto Euxino. Atrajo a los gálatas a una alianza, con regalos y con la amenaza de sus efectivos, pues consideraba que serían buenos combatientes a causa de su corpu-

---

[8] Tolomeo IV Filópator.

[9] Sobre los orígenes de la guerra de Antíoco, véase E. Will, II, págs. 153 y sigs. También, en general, Walbank, *Philip...*, págs. 186-221.

[10] Sobre la cronología de esta campaña, véase Walbank, *Philip...*, pág. 189, n. 5.

lencia. Después de esto, desembarcó en Éfeso y envió a Roma, como embajadores, a Lisias, Hegesinacte y Menipo, quienes se disponían, en realidad, a descubrir las intenciones del senado, pero, por guardar las apariencias, Menipo dijo que el rey, en tanto que deseaba con afán la amistad de los romanos y quería ser su aliado si consentían en ello, se extrañaba de que éstos le ordenaran dejar las ciudades de la Jonia, condonar el tributo de algunas otras, no interferirse en los asuntos de algunas ciudades asiáticas y abandonar Tracia, que siempre había pertenecido a sus antepasados. Estas órdenes no se daban a los amigos, sino que las imponían los vencedores a los vencidos. El senado, cuando comprendió que la embajada había llegado para averiguar su disposición, les contestó con laconismo que, si Antíoco dejaba independientes a los griegos de Asia y se abstenía de Europa, sería amigo de los romanos siempre que así lo deseara. Esto fue lo que respondieron los romanos y no añadieron los motivos de su respuesta.

7 Y Antíoco, proyectando invadir en primer lugar Grecia y, desde allí, emprender la guerra contra los romanos, comunicó su idea a Aníbal el Cartaginés. Éste le respondió que Grecia, desgastada desde hacía mucho tiempo, era una tarea fácil, pero que las guerras de casa son más difíciles para todos por causa del hambre que provocan, y que, en cambio, las de fuera son más livianas; que nunca conseguiría Antíoco vencer a los romanos en Grecia, donde podían procurarse con facilidad provisiones de su propio país y recursos suficientes. Por consiguiente, le aconsejó que ocupara una parte de Italia y, tomando ésta como base de operaciones, hiciera la guerra desde allí para que la situación de los romanos fuera más débil tanto en su patria como fuera de ella. «Yo tengo experiencia de Italia —dijo— y, con diez mil hombres, puedo apoderarme de sus luga-

res estratégicos y escribir a mis amigos en Cartago para que instiguen al pueblo a una revolución. Pues ya en estos momentos se encuentra irritado consigo mismo y con desconfianza hacia los romanos, y se llenará de arrojo y esperanza, si se entera de que yo estoy devastando otra vez Italia.» Antíoco, tras escuchar con placer sus consejos y juzgando una gran cosa, como en realidad era, incorporar a Cartago a la guerra, le encargó que escribiera de inmediato a sus amigos [11].

Aníbal, no obstante, no escribió las cartas, pues no 8
lo consideraba todavía seguro, ya que los romanos lo investigaban todo y la guerra no había estallado aún abiertamente. Además, contaba con numerosos enemigos en Cartago y no había en aquella ciudad un sistema político seguro y bien establecido, lo que precisamente, poco tiempo después, fue la causa de la destrucción de Cartago. Así que envió a Aristón, un mercader de Tiro, a sus amigos, so pretexto de una transacción comercial, pidiéndoles que, cuando él invadiera Italia, sublevaran ellos a Cartago para vengar las vejaciones que habían sufrido. Y Aristón así lo hizo, pero los enemigos de Aníbal, cuando se apercibieron de su llegada, promovieron un alboroto como si estuvieran ante una revolución inminente y buscaron por toda la ciudad a Aristón. Este último, con objeto de librar a los amigos de Aníbal de toda sospecha, colocó en secreto, durante la noche, un escrito delante del edificio del senado en el que se decía que Aníbal exhortaba a todos los senadores a tomar las armas en favor de su patria junto con Antíoco, y después de haber hecho esto, se hizo a la mar. A la mañana siguiente se disipó el temor de los amigos de

---

[11] La influencia que pudo ejercer Aníbal sobre Antíoco, así como la cuestión de los planes de Aníbal, plantean problemas bastante complejos, y existen opiniones varias sobre ello. Véase E. Will, II, págs. 163-173.

Aníbal, gracias a la argucia de Aristón, como si hubiera sido enviado a todo el senado. Sin embargo, la ciudad se llenó de toda clase de tumultos con franca animosidad hacia los romanos, pero sin la esperanza de poder mantenerla oculta. Ésta era la situación en Cartago.

9 Entretanto, otros embajadores romanos y Escipión, el que había despojado a los cartagineses de su supremacía política, fueron enviados con misión similar a los de Antíoco para averiguar los propósitos de éste y espiar su fuerza. Sin embargo, al encontrarse que el rey se había marchado a Pisidia, aguardaron en Éfeso, en donde conversaron con frecuencia con Aníbal, pues Cartago todavía se hallaba en paz con ellos y Antíoco no era aún un enemigo declarado. Le reprochaban a aquél que hubiera huido de su patria, cuando los romanos no habían llevado a cabo acción criminal alguna ni contra su persona ni contra el resto del pueblo cartaginés al margen de los tratados. Y actuaban así, buscando que Aníbal llegara a ser sospechoso a los ojos del rey a causa de la asiduidad de sus charlas y reuniones. Y Aníbal, hombre habilísimo en la estrategia militar, no lo intuyó, sin embargo, y el rey, al enterarse, sospechó de él y, desde aquel momento, anduvo más remiso para hacerle partícipe de sus confidencias. Y es que existía también ya algo de celos y envidia hacia su persona por temor a que Aníbal le arrebatara la gloria de sus empresas.

10 Se cuenta que, entre estas conversaciones habidas en el gimnasio, tuvo lugar una[12], en cierta ocasión,

[12] Sobre esta entrevista, véase E. Gabba, *Sul libro Siriaco...*, págs. 341, 343-344. Este relato, por lo demás, se encuentra en la línea del gusto por insertar anécdotas que Apiano muestra en su historia y a lo que ya hemos aludido en ocasiones anteriores. Para De Sanctis, IV 1, pág. 128, n. 47, resulta sospechoso y cree que no puede provenir de Polibio. No así Holleaux, «L'entretien de Scipion l'Africain et d'Hannibal», *Hermes* 48 (1913), 75-98.

entre Escipión y Aníbal acerca del generalato, con gran número de asistentes, y que, al preguntar Escipión a Aníbal quién le parecía a él que había sido el mejor general, éste le respondió: «Alejandro el macedonio». Escipión no opuso reparos a este nombre cediéndole, al parecer, el puesto a Alejandro, pero volvió a preguntar, de nuevo, quién ocupaba el segundo lugar después de Alejandro, y Aníbal respondió: «Pirro el epirota», basando en la osadía, al parecer, la virtud máxima de un general y, en efecto, no es posible encontrar a reyes de mayor osadía que éstos. Escipión estaba ya más picado, pero, no obstante, volvió a preguntarle, una vez más, a quién le daría el tercer lugar, pues estaba de todo punto confiado en obtenerlo. Sin embargo, Aníbal respondió: «A mí mismo, pues siendo todavía un jovenzuelo conquisté Iberia y fui el primero, después de Hércules, en cruzar los Alpes con un ejército. Y tras invadir Italia, sin que ninguno de vosotros tuviese valor para impedírmelo, arrasé cuatrocientas ciudades y, en numerosas ocasiones, os coloqué la lucha a las mismas puertas de la capital sin recibir ayuda económica ni militar de Cartago.» Cuando Escipión se dio cuenta de que se extendía en su autoalabanza, dijo sonriente: «¿Dónde te habrías colocado, Aníbal, de no haber sido vencido por mí?». Y éste, al percatarse ya de su envidia, le dijo: «De seguro que me habría puesto antes que Alejandro». De este modo, Aníbal persistió en su autoelogio y aduló a Escipión de forma subrepticia por la sugerencia de que había vencido a quien era mejor que Alejandro.

Cuando acabó la reunión, Aníbal invitó a Escipión 11
a ser su huésped y éste le contestó que aceptaría con sumo gusto, «si no convivieras ahora con Antíoco, que es sospechoso para los romanos». De esta forma, ambos, como correspondía a sus cualidades como generales, limitaban su enemistad al período de guerra, pero no

así Flaminino. Pues, cuando, tras la posterior derrota de Antíoco, Aníbal huyó y andaba errabundo por Bitinia, aunque no había sufrido nada antes a manos de aquél ni se lo habían ordenado los romanos ni podía ya resultar un motivo de inquietud para ellos al estar destruida Cartago, enviando una embajada al rey Prusias para otros asuntos hizo que éste lo matara con un veneno. Circulaba la anécdota de que Aníbal había recibido en cierta ocasión un oráculo que decía: «La tierra libisa cubrirá el cuerpo de Aníbal». Y él creyó que moriría en Libia. Pero existe un río Libiso en Bitinia y una llanura llamada Libisa junto a ese río. Estas cosas las he puesto juntas en recuerdo de la magnanimidad de Aníbal y Escipión y de la mezquindad de Flaminino.

12 Antíoco regresó a Éfeso desde Pisidia y, después de conceder audiencia a los embajadores romanos, les comunicó que dejaba independientes a los rodios, a los bizantinos, a los habitantes de Cízico y a los demás griegos de Asia, si tenían lugar tratados entre él y los romanos; pero no estuvo de acuerdo en cuanto a los eolios y los jonios, pues desde hacía mucho tiempo, según él, estaban acostumbrados a ser súbditos de los reyes bárbaros de Asia. Los embajadores romanos no llegaron a ningún pacto con él, pues no habían venido para materializar tratado alguno, sino para sondearle, y partieron hacia Roma. Se presentaron, a continuación, a Antíoco embajadores de los etolios, al frente de los cuales estaba Toante, ofreciéndole ser su general con plenitud de poderes y urgiéndole a cruzar ya hasta Grecia, como para una empresa que estaba del todo ultimada. Ni siquiera le permitieron que aguardara al ejército que venía desde el Asia interior, sino que, exagerando la magnitud de las fuerzas etolias y anunciando, además, que los lacedemonios y Filipo el macedonio, irritados contra Roma, combatirían como alia-

dos, le instaban vivamente a la travesía. Antíoco perdió la cabeza, presa de la excitación, y ni siquiera la noticia de la muerte de su hijo en Siria le hizo diferir lo más mínimo su intento, sino que realizó la travesía hasta Eubea con diez mil hombres, los únicos que tenía entonces. Y se apoderó de la isla en su totalidad, al rendírsele, llevada del pánico. Micitio, uno de sus generales, atacó a los romanos en Delio (un lugar consagrado a Apolo), mató a algunos de ellos e hizo a otros prisioneros.

Aminandro, rey de los atamanes, se alió con Antíoco 13
por el motivo siguiente. Un cierto macedonio llamado Alejandro, que había sido educado en Megalópolis y al que se le había concedido la ciudadanía de allí, se había inventado un parentesco con Alejandro, el hijo de Filipo, y para dar credibilidad a sus historias, llamó a sus hijos Filipo y Alejandro, y a su hija Apama. A esta última se la prometió en matrimonio a Aminandro. Su hermano Filipo la acompañó a la boda y, cuando vio que Aminandro era débil e inexperto en los asuntos públicos, se quedó asumiendo las tareas de gobierno en virtud de su parentesco. Así que, entonces, Antíoco, haciendo concebir esperanzas a este Filipo de que lo volvería a establecer en el trono de Macedonia, como patrimonio que era de sus antepasados, se aseguró la alianza de los atamanes. También se atrajo a los tebanos, yendo en persona a Tebas y pronunciando una alocución ante el pueblo. Y estaba, en verdad, envalentonado ante una guerra tan grande por su confianza vana en los tebanos, Aminandro y los etolios, y trataba de dilucidar si debía atacar Tesalia de inmediato o después del invierno. Como Aníbal no hacía el menor comentario sobre esta cuestión, le pidió en primer lugar que expusiera su criterio.

Y Aníbal replicó: «A los tesalios no es difícil so- 14
meterlos, tanto ahora como después del invierno, si

tú quieres, pues al ser un pueblo muy castigado desde hace mucho tiempo, se pondrán ahora de tu parte y, de nuevo, al lado de los romanos si llegara a ocurrirte una desgracia. Pero hemos venido sin nuestro propio ejército, prestando oídos a las tentadoras ofertas de los etolios de que los lacedemonios y Filipo combatirían como aliados nuestros. De éstos he oído decir que los lacedemonios combaten contra nosotros al lado de los aqueos y, por otra parte, no veo que se encuentre a tu lado Filipo, quien puede inclinar la balanza en esta guerra hacia el bando al que preste su favor. Persisto, pues, en mi misma opinión de llamar, lo más rápidamente posible, al ejército de Asia y no poner tus esperanzas en Aminandro y los etolios, y cuando éste llegue, devastar Italia a fin de que, ocupados con los infortunios en su patria, causen los menos problemas posibles a tus asuntos y, por temor a los suyos propios, en modo alguno hagan avanzar contra ti ningún ejército. Sin embargo, la forma de ejecutar el plan no es ya la misma que te expuse antes, sino que la mitad de las naves debe saquear el litoral de Italia y la otra debe permanecer anclada a la espera de oportunidades, en tanto que tú con todo el ejército de tierra, después de acampar en algún lugar de Grecia próximo a Italia, haces un simulacro de invasión, e incluso, si puedes en cualquier momento la invades realmente. Además, debes intentar ganarte a Filipo a toda costa, pues es quien puede ser de más utilidad en esta guerra a uno u otro bando. Y, si no se deja convencer, envía a tu hijo Seleuco contra él a través de Tracia, para que también éste, ocupado con una guerra en su patria, resulte totalmente inútil para tus enemigos.»

Éstos fueron los consejos de Aníbal y, sin duda, los mejores de todos. Sin embargo, por envidia de su fama y de su inteligencia, el resto de los consejeros y el propio rey, en no menor medida, a fin de que no pare-

ciera que Aníbal los aventajaba en las cualidades del generalato y para que no se atribuyera a aquél la gloria de lo que fuera a ocurrir, desoyeron todos los consejos, excepto el de que Polixénidas fuera enviado a Asia a por el ejército.

Los romanos, a su vez, después que se enteraron de 15
la invasión de Grecia por Antíoco y de la matanza y apresamiento de los romanos en Delio, decretaron hacer la guerra. Así fue como la guerra entre Antíoco y los romanos estalló de hecho, entonces por primera vez, motivada por la sospecha mutua en que se tenían desde hacía mucho tiempo. Los romanos esperaban que la guerra sería larga y dura para ellos, puesto que Antíoco dominaba en muchos y grandes pueblos del Asia interior y en casi la totalidad de la zona costera, excepto unos pocos, y había cruzado ya a Europa envuelto en una reputación formidable, así como con fuerzas suficientes, y había llevado a cabo muchos otros hechos de armas brillantes frente a otros pueblos, por los que había obtenido el título de Grande. Sospechaban, además, de Filipo de Macedonia, que había sido vencido en la guerra por ellos hacía poco tiempo, y de los cartagineses, por temor a que no les fueran fieles conforme a los tratados, al estar cooperando Aníbal con Antíoco. Tenían sospechas también del resto de los pueblos sometidos, no fuera a ser que se suscitara entre ellos un conato de rebelión a la vista de la reputación de Antíoco. Por este motivo, enviaron un ejército a cada una de las provincias para que las vigilaran de manera pacífica, y pretores al frente de los ejércitos, a los que llaman *sexfascales*, porque mientras que los cónsules usan doce segures y doce fasces, como los reyes antaño, los pretores tienen sólo la mitad de la dignidad y la mitad del número de insignias. Y, al tratarse de un momento de grave peligro, estaban horrorizados, incluso respecto a Italia, no fuera a ser que ni siquiera

ella les fuera fiel o segura contra Antíoco. Enviaron un gran ejército de infantería a Tarento para prevenir un ataque por aquella parte y una flota de naves patrullaba la costa. Tan grande era el miedo que le tenían a Antíoco en un principio. Y, cuando tuvieron dispuestas todas estas medidas de gobierno, hicieron una leva de hasta veinte mil hombres de entre sus propios ciudadanos, para luchar contra Antíoco, y de doble número de aliados, con la intención de cruzar el Adriático tan pronto como llegara la primavera. En estos preparativos ocuparon los romanos todo el invierno.

16 Antíoco marchó contra los tesalios y, al llegar a Cinoscéfalas, donde había tenido lugar la derrota de los macedonios por los romanos, enterró con magnificencia los restos de los caídos en aquella ocasión que estaban aún insepultos. Se granjeó así, con este golpe de efecto, el favor de los macedonios y acusó a Filipo ante ellos de no haber enterrado a los que habían caído en su defensa. Filipo, al enterarse de esto, aun cuando hasta entonces había estado vacilante y dubitativo de hacia qué lado inclinarse, eligió de inmediato la causa romana [13] y, llamando al general romano Bebio que mandaba un ejército en las cercanías para que viniera a un cierto lugar, le dio de nuevo garantías de que combatiría como aliado sincero de los romanos contra Antíoco. Bebio le alabó por su actitud y, lleno de confianza, envió, al punto, a Apio Claudio con dos mil soldados de infantería a Tesalia a través de Macedonia. Y Apio, cuando vio desde Tempe que Antíoco tenía

[13] Sobre la importancia de este hecho en la decisión de Filipo de aliarse abiertamente con Roma, WALBANK, *Philip...*, págs. 200 y sigs., le confiere total valor. Por el contrario, DE SANCTIS, IV 1, pág. 149, n. 72, piensa que se trata de una exageración y que constituye un ejemplo más de cómo la tradición gusta de explicar los hechos importantes con motivos de escasa entidad.

puesto cerco a Larisa, reunió gran número de fogatas para ocultar la parvedad de sus fuerzas. Antíoco, trastornado por la idea de que Bebio y Filipo estaban presentes, levantó el sitio poniendo como pretexto el invierno y se retiró a Calcis. Allí, cautivado por el amor de una hermosa joven, aunque contaba más de cincuenta años y llevaba entre manos una guerra de tanta magnitud, celebró sus esponsales, dio un festival público y permitió que sus tropas se entregaran a toda clase de ocios y lujos durante todo el invierno. Pero, cuando invadió Acarnania, a comienzos de la primavera, se dio cuenta de la pereza del ejército y de su incapacidad para cualquier tipo de trabajo y, entonces, se arrepintió de su boda y del festival público[14]. Sin embargo, después de someter una parte de Acarnania y, cuando sitiaba el resto, tan pronto como se enteró de que los romanos atravesaban el Adriático, regresó a Calcis.

Aquéllos, cruzando a toda prisa desde Brindisi a 17
Apolonia con los dos mil jinetes de que entonces disponían, veinte mil soldados de infantería y algunos elefantes, bajo el mando de Acilio Manio Glabrio, se pusieron en camino hacia Tesalia. Libraron a las ciudades del asedio y, en todas las que ya había guarniciones atamanas, las expulsaron e hicieron prisionero a Filipo de Megalópolis, que todavía esperaba el reino de Macedonia. También apresaron a unos tres mil soldados de Antíoco. Al tiempo que Manio hacía estas cosas, Filipo, a su vez, invadió Atamania y la sometió en su totalidad,

---

14 Esta censura de que es objeto Antíoco aparece unánimemente en toda la tradición historiográfica antigua. Sin embargo, y pese a que también tiene eco en autores modernos, Walbank (*Philip*..., pág. 202, n. 1). De Sanctis (IV 1, pág. 153, n. 79), E. Will y otros (II, pág. 174) la consideran poco digna de crédito. Tal vez formaba parte de la propaganda antiseleúcida y, desde luego, contrasta con la actividad desplegada por Antíoco en el invierno del 192-191 a. C.

huyendo Aminandro a Ambracia. Y Antíoco, dándose cuenta de todos estos sucesos y anonadado por la celeridad de los acontecimientos, se asustó por el súbito e inesperado cambio de suerte y comprendió, entonces, el sabio consejo de Aníbal. Envió un mensajero tras otro a Asia para apremiar a Polixénidas a que cruzara y él, entretanto, convocó a cuantas fuerzas tenía desde todas partes. Tras reunir diez mil soldados de infantería y quinientos de caballería de entre sus propias fuerzas, además de algunos aliados, ocupó con estas tropas las Termópilas, con idea de interponer este paso difícil entre él y los enemigos, mientras aguardaba al ejército de Asia. Las Termópilas son un paso estrecho y alargado flanqueado, de un lado, por un mar bronco y sin puertos, y de otro, por un cenagal intransitable y profundo. Hay en ellas dos picachos escarpados llamados uno Tiquiunte y el otro Calídromo. El lugar tiene fuentes de aguas calientes, de donde le viene el nombre de Termópilas [15].

18 Allí construyó Antíoco una muralla doble, colocó en ella las máquinas y envió a los etolios a las cumbres de los picachos para que nadie diera un rodeo, sin ser visto, por el famoso sendero por el que, precisamente, Jerjes atacó a los espartanos bajo las órdenes de Leónidas, por estar los montes en aquella ocasión desguarnecidos. Los etolios apostaron en cada una de las cumbres a mil hombres y acamparon por su cuenta, con el resto, en los alrededores de la ciudad de Heraclea. Manio, después de haber visto los preparativos de los enemigos, dio la señal de combate al amanecer y ordenó a dos de los tribunos militares, Marco Catón y Lucio Valerio, que, escogiendo las tropas que cada uno quisiera, rodearan durante la noche las montañas y trata-

---

15 En realidad, Termópilas significa en griego «Puertas calientes».

ran de expulsar a los etolios de las cumbres, de la forma que les fuera posible. Lucio fue rechazado del monte Tiquiunte, pues allí los etolios eran buenos combatientes, pero Catón, acampando junto al Calídromo, cayó sobre los enemigos cuando todavía dormían, alrededor de la última guardia, y el combate fue encarnizado en su entorno, al tener que abrirse paso hacia zonas elevadas y rocosas con la oposición de los enemigos. Por entonces, Manio conducía ya al ejército de frente contra Antíoco, dividido en columnas, pues solo así es posible marchar en los pasos estrechos. El rey ordenó que las tropas ligeras y los peltastas combatieran delante de la falange y, a ésta, la colocó delante del campamento con los honderos y arqueros a su derecha, al pie mismo del monte, y los elefantes, con la tropa que siempre les acompañaba, a su izquierda, junto al mar.

Cuando se entabló combate, las tropas ligeras hos- 19
tigaban, en un principio, a Manio desde todos los sitios, corriendo a su alrededor. Sin embargo, éste las contuvo con valentía y, cediendo primero y atacando luego, logró hacerlas huir y, entonces, la falange de los macedonios, escindiéndose, recibió en su interior a aquéllas y, volviendo a unirse, las ocultó. Acto seguido, presentaron las sarisas [16] de forma masiva y ordenada en una formación con la que, sobre todo, los macedonios de Alejandro y Filipo aterraban a sus enemigos, que no se atrevían a acercarse a las lanzas de gran tamaño opuestas en número considerable. Pero, de repente, se vio la huida y el griterio de los etolios que, desde el monte Calídromo, se precipitaban sobre el campamento de Antíoco. En un primer momento, unos y otros ignoraban lo ocurrido y

---

[16] Era el arma por excelencia de la falange macedonia, que sustentaba, a su vez, el peso del ejército. Veánse más detalles en WALBANK, *Philip...*, *Appendix II*: *Notes on the Army under Philip V*, con bibliografía sobre el tema.

existía el desconcierto propio de una situación tal. Sin embargo, tan pronto como apareció Catón persiguiéndolos en medio de un gran clamor y estuvo ya sobre el campamento de Antíoco, los soldados del rey, que habían recibido de tiempo atrás noticias terribles sobre la forma de luchar de los romanos y que eran conscientes de que se habían degradado hasta ser incapaces de realizar cualquier cosa a causa de su inactividad y vida placentera durante todo el invierno, se aterraron. Y, como no veían con claridad cuántos eran los que estaban con Catón y pensaban que eran más a causa del miedo que sentían y, además, temían por el campamento, huyeron en desorden hacia éste con idea de defenderse desde allí de los enemigos. Pero los romanos pisándoles los talones entraron a la vez que ellos en el campamento y otra vez huyeron desde aquel desordenadamente los soldados de Antíoco. Manio los persiguió hasta Escarfia matándolos o haciéndolos prisioneros y, tras regresar desde allí, saqueó el campamento del rey y, con su sola presencia, expulsó a los etolios que habían irrumpido en el campamento de los romanos en ausencia de éstos.

20 Las pérdidas romanas, durante la batalla y la persecución, fueron de unos doscientos hombres y las de Antíoco, incluidos los capturados, de unos diez mil. El rey, en persona, tras la primera señal de derrota, huyó sin mirar atrás hasta Elatea con quinientos jinetes y, desde allí, a Calcis y a Éfeso con su nueva esposa Eubea, como él la llamaba, a bordo de sus naves; pero no todas, pues a algunas de ellas que transportaban provisiones, el almirante romano las abordó y las hundió. Cuando el pueblo romano se enteró de la victoria, que había resultado tan rápida y fácil para ellos, celebraron un sacrificio, contentos por esta su primera confrontación con la temible reputación de Antíoco. Para corresponder a la alianza de Filipo, le enviaron a su

hijo Demetrio, que todavía permanecía como rehén entre ellos.

Mientras ocurrían estos sucesos en la ciudad, Manio disipó los temores de los focenses, calcidios y cuantos otros habían tratado con Antíoco, que impetraban su perdón. En cambio, tanto él como Filipo devastaron Etolia y pusieron cerco a sus ciudades. Manio capturó a Damócrito, el general de los etolios, que estaba oculto allí y que había amenazado a Flaminino con acampar a orillas del Tíber. Entonces, Manio se puso en camino hacia Calípolis a través del monte Córax, el más alto de todos los de la región, muy difícil de franquear y escarpado, con un ejército sobrecargado por el peso del botín y la impedimenta. Muchos soldados cayeron a los precipicios, debido al mal estado del camino, y quedaron destrozados con sus enseres y armas. Y los etolios, que hubieran podido crear la confusión en el ejército, ni siquiera se dejaron ver, sino que enviaron una embajada a Roma para negociar la paz. Antíoco, entretanto, hizo venir, a toda prisa, junto al mar al ejército desde las satrapías del interior y equipó las naves, que puso bajo el mando de Polixénidas, un desterrado de Rodas. Cruzó de nuevo el Quersoneso, lo fortificó y se apoderó de Sestos y Abido, a través de las cuales era obligado que las legiones romanas hicieran el viaje en su travesía hasta Asia. Convirtió a Lisimaquea en el almacén para esta guerra y acumuló en ella muchas armas y trigo, pensando que los romanos la atacarían de inmediato con un gran ejército de tierra y con naves. Éstos eligieron, como sucesor de Manio en el generalato, a Lucio Escipión, que era entonces cónsul, pero como se trataba de un hombre poco avezado e inexperto en la guerra, designaron, como su consejero, a su hermano Publio Escipión, el que había despojado a los cartagineses de su suprema-

cía política y había sido el primero en recibir el título de Africano.

22 Mientras los Escipiones estaban aún entregados a sus preparativos, Livio[17], que tenía a su cargo la custodia de la costa de Italia y que había sido elegido como sucesor de Atilio para el mando de la flota, partió rumbo al Pireo con sus propios barcos, con los que patrullaba el litoral italiano, así como con algunos cedidos por los cartagineses y con otros de los aliados. Allí, tomó el mando de la flota de Atilio y se hizo a la mar con ochenta y un barcos acorazados[18], seguido de Éumenes, con cincuenta de los suyos, de los que la mitad también estaban acorazados. Y arribaron a Focea, lugar perteneciente a Antíoco, pero que les recibió a causa del pánico, y al día siguiente, se hicieron a la mar para un combate naval. Polixénidas, el almirante de la flota de Antíoco, les salió al encuentro con doscientos barcos mucho más ligeros que los de los enemigos, lo que en verdad era una gran ventaja para él, dado que los romanos eran todavía inexpertos en cuestiones de naútica. Y, cuando vio que dos naves cartaginesas navegaban adelantadas, envió contra ellas a tres de las suyas y las apresó a las dos, pero vacías, pues sus tripulaciones habían saltado al mar. Livio fue el primero en atacar lleno de ira a las tres naves con la nave capitana, pues marchaba muy en cabeza de la flota. Aquéllas, como se trataba de una sola nave, le lanzaron con desprecio las «manos de hierro» [19] y, cuan-

---

17 C. Livio Salinátor.

18 Los *katáphraktoi nêes* son barcos de guerra largos y con puentes provistos de un cierto tipo de defensas, equivalentes a las *constratae, tectae naues* en latín; los *ploîa makrá, naues longae* son barcos de guerra en general. Véanse detalles de los primeros en J. Borimir, *The Athenian Navy in the Classical Period* (Univer. of Calif. Public.: class. stud. 13), 1975, pág. 188.

19 A este artefacto lo llaman Frontino, *Strategmata* II 3, 24, y Floro, II 2, 8, *manus ferrea,* y parece ser que se trata del mis-

do estuvieron trabados los barcos, la lucha se desarrolló como en tierra. Pero los romanos, muy superiores por su osadía, se lanzaron al abordaje sobre los barcos de los enemigos, obtuvieron la victoria y emprendieron el regreso, llevándose dos barcos a la vez con uno solo. Éstos fueron los prolegómenos del combate naval. Y, una vez que ambas escuadras se abordaron, los romanos se impusieron por su fuerza y arrojo, pero a causa de la pesadez de sus barcos no podían capturar a los enemigos, que escapaban en otros más ligeros. Finalmente, éstos se refugiaron, tras una rápida huida, en Éfeso y los romanos se dirigieron a Quíos, en donde se les unieron veintisiete naves aliadas de los rodios. Cuando Antíoco se enteró de este combate naval, envió a Aníbal a Siria para procurarse otras naves de Fenicia y Cilicia, y a su regreso, los rodios lo coparon en Panfilia, cogieron a algunos de sus barcos y bloquearon al resto.

Entretanto, Publio Escipión llegó a Etolia con el 23 cónsul y recibió el mando del ejército de Manio. Menospreció, como cosa de poco valor, entregarse al asedio de las ciudades etolias y permitió, ante los ruegos de los etolios, que éstos enviaran de nuevo una embajada a Roma para tratar de sus personas, pero, en cambio, se apresuró a marchar contra Antíoco antes de que expirara el mando para su hermano. Realizó, a través de Macedonia y Tracia hasta el Helesponto, un viaje que le hubiese resultado penoso y difícil, si Filipo de Macedonia no hubiera reparado mucho antes los caminos, le hubiese recibido y dado escolta, le hubiera ponteado los ríos y tenido listas las provisiones. A causa de lo

---

mo que Polibio describe en I 22, y al que le da el nombre de *kórakas, coruus* en latín, es decir «cuervos». Sobre la interpretación del texto polibiano, véase Díaz Tejera, *Polibio*, Madrid-Barcelona, 1972, págs. 41-42, n. 1, con bibliografía.

cual, los Escipiones lo eximieron inmediatamente del pago del resto del dinero, autorizados para ello por el senado si lo encontraban solícito. También enviaron cartas a Prusias, rey de los bitinios, enumerándole a cuántos reyes, que habían combatido como aliados, les habían engrandecido sus dominios los romanos. Y a Filipo de Macedonia, decían, a pesar de haberle vencido en la guerra, lo dejaron seguir siendo rey «y liberamos a su hijo de la condición de rehén, al tiempo que le condonamos la deuda aún pendiente». Por estas razones, Prusias prometió de buen grado combatir como su aliado contra Antíoco[20].

Livio, el comandante de la flota, cuando se enteró del viaje de los Escipiones, dejó en Eólide a Pausímaco[21] el rodio con las naves rodias y una parte de su propia flota, en tanto que él, con la mayor parte de las naves, navegaba hacia el Helesponto para recibir al ejército. Sestos, Reteo, el puerto de los aqueos y algunos otros lugares se pasaron a su lado, pero Abido se negó y fue sitiada.

24 Pausímaco, cuando se marchó Livio, entrenó y ejercitó a los suyos con frecuencia, construyó máquinas de muy diverso tipo y colgó de largas pértigas vasijas de hierro conteniendo fuego, para suspenderlas sobre el mar, a fin de que sobresalieran mucho de sus propios barcos y cayeran sobre los enemigos cuando se acercaran. Mientras estaba entregado a estos menesteres, Polixénidas, el comandante de la flota de Antíoco, que era rodio también, pero estaba desterrado de su patria por algún proceso criminal, le tendió una trampa, prometiendo ponerle en sus manos la flota de Antíoco, si estaba de acuerdo en cooperar para conseguir su re-

---

[20] Parece que permaneció neutral. Véase WALBANK, *Philip...*, pág. 211, n. 8.

[21] POLIBIO, XXI 7, y LIVIO, XXVI 45, 5; XXXVII 9, 5, etc., lo llaman Pausístrato.

greso. Pero Pausímaco sospechaba de un hombre mentiroso y malhechor y, durante mucho tiempo, se guardó de él con mucho cuidado. Sin embargo, una vez que Polixénidas le remitió una carta sobre la traición, escrita por su propia mano, y además, se retiró de Éfeso y fingió enviar al ejército por los alrededores para forrajear, Pausímaco, al ver la retirada y pensando que nadie habría enviado una carta autógrafa sobre la traición si no dijera la verdad, se llenó de confianza, suspendió su vigilancia y envió también él a recolectar trigo. Cuando Polixénidas se dio cuenta de que éste había caído en la trampa, reunió de inmediato a sus efectivos navales y envió al pirata Nicandro con unos pocos a Samos para hostigar desde tierra, por la retaguardia, a Pausímaco y él, a su vez, se hizo a la mar a media noche y, hacia la cuarta vigilia, cayó sobre aquél cuando aún dormía. Pausímaco, envuelto en esta desgracia inesperada y repentina, ordenó que los soldados abandonaran los barcos y se defendieran desde tierra contra los enemigos. Pero, al atacarle por detrás Nicandro, pensó, como era natural en la oscuridad, que la tierra estaba tomada de antemano no sólo por los que tenía a la vista, sino por muchos más. Así que, atolondrado, intentó embarcar de nuevo en sus naves y fue el primero en acudir al combate y el primero en caer luchando con valentía. El resto fue capturado o muerto. Las siete naves que llevaban los aparatos con el fuego lograron huir, pues ningún barco se atrevió a acercarse a ellas por temor a las llamas; en cambio, a las veinte restantes, Polixénidas las amarró y las remolcó a Éfeso.

Como consecuencia de esta victoria, Focea, Samos[22] 25
y Cumas se pasaron de nuevo a Antíoco. Y Livio, temiendo por las naves que había dejado en Eólide, regresó

---

[22] Apiano añade Samos por equivocación.

a toda prisa junto a ellas. Éumenes se apresuró a reunirse con él, y los rodios enviaron a los romanos otras veinte naves. Tras un breve lapso de tiempo, todos recobraron ánimos y navegaron hacia Éfeso preparados para un combate naval. Como nadie navegó contra ellos, desplegaron la mitad de las naves en una larga hilera en medio del mar como para una exhibición y, con las restantes, arribaron a la tierra enemiga y la saquearon, hasta que Nicandro los atacó desde el interior, les quitó el botín y los persiguió de vuelta hasta sus naves.

Y, de nuevo, emprendieron el regreso a Samos y expiró el plazo del mando de la flota para Livio.

26 Por este mismo tiempo, Seleuco, el hijo de Antíoco, devastaba el territorio de Éumenes y ponía cerco a Pérgamo, encerrando a los soldados dentro de la ciudad. Por lo cual, Éumenes navegó a toda prisa hacia Elea, el puerto base de su reino, y con él, Lucio Emilio Regilo, el sucesor de Livio en el mando de la flota. Acompañaban a Éumenes mil soldados de infantería y cien jinetes escogidos, enviados como aliados por los aqueos. Cuando su comandante Diófanes vio, desde las murallas, a los soldados de Seleuco jugando y bebiendo de forma despreciativa, intentó convencer a los habitantes de Pérgamo para que se unieran a él en una salida contra los enemigos. Sin embargo, como aquéllos no estuvieran de acuerdo, armó a sus mil soldados de infantería y a sus cien jinetes y, sacándoles fuera de la ciudad, permaneció quieto bajo la muralla. Los enemigos, durante largo tiempo, los miraron con desprecio, pues pensaban que eran pocos y no se atrevían a luchar, pero él los atacó mientras comían, sembró la confusión entre ellos y puso en fuga a los guardias de los puestos de avanzada. Sobre el resto obtuvo una victoria muy brillante mientras saltaban en busca de sus armas y trataban de embridar a sus caballos, persi-

guiendo a los que huían o intentando montar con dificultad en los que no se estaban quietos, en tanto que los de Pérgamo, arriba en las murallas, daban gritos, pero sin atreverse a salir tampoco entonces. Y, tras matar a cuantos pudo como en una exhibición y coger a algunos prisioneros y caballos, regresó a toda prisa. Al día siguiente colocó de nuevo a los aqueos bajo la muralla, pero tampoco le acompañaron esta vez en su salida los de Pérgamo. Seleuco se le aproximó con gran número de jinetes, incitándolo al combate, pero él no aceptó el reto en esta ocasión, sino que aguardó el momento oportuno, quieto junto a la muralla. Y, una vez que Seleuco, tras esperar hasta mediodía, cuando ya estaban cansados los jinetes, dio la vuelta y emprendió el regreso, Diófanes atacó entonces la retaguardia, sembrando la confusión y causando cuanto daño pudo, y de nuevo regresó al punto bajo la muralla. Y acechando de esta forma continuamente al enemigo cuando iba a la búsqueda de forraje o de madera, y acosándolo siempre de uno u otro modo, obligó a Seleuco a levantar el cerco de Pérgamo y, posteriormente, lo expulsó del resto del territorio de Éumenes.

Poco tiempo después tuvo lugar un combate naval 27
entre Polixénidas y los romanos en las proximidades de Mioneso, donde se habían congregado Polixénidas con noventa naves acorazadas y Lucio, el almirante romano, con ochenta y tres, de las cuales veinticinco procedían de Rodas. Eudoro, el comandante de estas últimas, estaba colocado en el ala izquierda y, cuando vio que Polixénidas por el otro lado extendía su línea mucho más allá de la establecida por los romanos, tuvo miedo de ser rodeado y, navegando velozmente alrededor con sus naves rápidas y sus remeros expertos en la mar, condujo en primer lugar contra Polixénidas a las naves portadoras de las máquinas de fuego, que resplandecían por las llamas desde todos los ángu-

los. Las naves de éste no se atrevían a embestirlas por temor al fuego y, dando vueltas a su alrededor en círculo, se escoraban llenándose de agua de mar y se golpeaban con las serviolas. Finalmente, una nave rodia embistió a una sidonia y, como consecuencia del fuerte golpe, salió disparada el ancla de la nave sidonia y fue a clavarse en la rodia quedando trabadas ambas naves entre sí. Por este motivo, al estar inmovilizadas las naves, el combate entre las tripulaciones tuvo lugar como en tierra firme. Entretanto, muchas otras naves acudieron en auxilio de una y otra, y se entabló una brillante pugna por ambos bandos en la que las naves romanas navegaron contra el centro de la línea de Antíoco, que había quedado desguarnecido por la razón expuesta, y rodearon al enemigo antes de que se diera cuenta. Cuando éstos lo advirtieron, se produjo la huida y la persecución y fueron destruidas veintinueve naves de Antíoco, de las que trece fueron capturadas con sus tripulaciones. Los romanos perdieron sólo dos. Polixénidas se llevó la nave rodia y la condujo a Éfeso.

28 Éste fue el desenlace del combate naval en torno a Mioneso. Antíoco, mientras no se enteró de ello, continuaba entregado a fortificar con todo cuidado el Quersoneso y Lisimaquea, pensando, como de hecho era, que sería una gran defensa contra los romanos, lugar por donde, incluso atravesar el resto de Tracia, les hubiera resultado sumamente difícil y casi infranqueable, de no haberles ayudado Filipo. Pero Antíoco que era, por lo general, irreflexivo y tornadizo, cuando supo de la derrota de Mioneso, quedó totalmente anonadado por el temor, al pensar que los hados se habían vuelto contra él, pues todo salía al revés de lo que esperaba. En efecto, los romanos habían vencido en el mar, en donde él creía que era muy superior; los rodios habían copado a Aníbal en Panfilia, y Filipo, de quien suponía que guardaría el máximo rencor hacia los romanos por

lo que había sufrido por causa de ellos, les daba escolta y ayudaba por los caminos intransitables. Perturbado por todas estas cosas y porque ya la divinidad había hecho mella en su razón, lo que precisamente les ocurre a todos cuando se presentan las desgracias, abandonó sin justificación el Quersoneso antes, incluso, de que los enemigos estuvieran a la vista, sin llevarse consigo ni quemar todo el trigo que en gran cantidad había almacenado allí, ni las máquinas de guerra, las armas y el dinero, sino abandonando todos estos recursos al enemigo en perfecto estado de uso[23]. No prestó atención al hecho de que los lisimaqueos huyeran con él, como después de un asedio, con grandes lamentos junto con sus esposas e hijos. Tan sólo pensaba en impedir a los enemigos la travesía a Abido y en esto ponía toda la esperanza que aún tenía de la guerra. Sin embargo, a causa de la locura enviada por la divinidad, no defendió el paso, sino que se apresuró a ganar el interior del país, antes que los enemigos, y no dejó ninguna guardia en el estrecho[24].

Los Escipiones, una vez que se enteraron de su re- 29
tirada, tomaron Lisimaquea en un abrir y cerrar de ojos y, tras apoderarse de los tesoros y armas existentes en el Quersoneso, cruzaron de inmediato con rapidez el Helesponto, que estaba desguarnecido, y se presentaron en Sardes antes que Antíoco, que aún desconocía que lo hubieran cruzado. El rey, aterrado e

23 El abandono de Lisimaquea fue, a juicio de De Sanctis (véase IV 1, pág. 187 y n. 128), una decisión prudente por parte de Antíoco, pues su defensa era imposible estando el mar en posesión de los romanos. No parece creíble, en cambio, la afirmación de este autor (en *loc. cit.*, pág. 188) de que Antíoco dejó allí las armas y provisiones intactas por motivos humanitarios.

24 Obsérvese cómo Apiano hace desempeñar, a veces, un papel capital al elemento divino en decisiones de enorme trascendencia (véanse Escipión en Iberia, Aníbal en Roma, etc.).

irritado y haciendo responsable de todos sus errores a la divinidad, envió a Heraclides de Bizancio a presencia de los Escipiones para tratar del cese de la guerra. Les ofreció Esmirna, la Alejandría que está junto al Gránico y Lámpsaco, ciudades que fueron el motivo del comienzo de la guerra. Fue autorizado, además, a entregar, si era necesario, cuantas ciudades jonias y eolias habían tomado partido por los romanos en la contienda y cualquier otra cosa que pidieran los Escipiones. Esto era lo que Heraclides debía decir en público, pero, en privado, llevaba también, de parte de Antíoco, para Publio Escipión, la promesa de una gran cantidad de dinero y de la liberación de su hijo. A éste lo había apresado Antíoco en Grecia cuando navegaba desde Calcis a Demetrias. Y este hijo era el Escipión que después tomó y destruyó Cartago y que llevó en segundo lugar el sobrenombre de Africano[25]. Era hijo de Paulo, el vencedor de Perseo el macedonio, y de la hija de Escipión, y había sido adoptado por Escipión. Los Escipiones dieron a Heraclides la siguiente respuesta de manera conjunta: «Si Antíoco desea la paz no debe renunciar tan sólo a las ciudades jonias y eolias, sino a toda el Asia de esta parte del monte Tauro, y debe sufragar el costo total de la guerra que hubo por culpa suya.» Pero, en privado, Publio dijo a Heraclides: «Si Antíoco hubiera hecho esta oferta cuando todavía estaba en posesión del Quersoneso y de Lisimaquea, los romanos la hubieran aceptado gustosos y, tal vez, aunque tan sólo hubiera mantenido aún la guardia del paso del Helesponto. Pero, ahora que ya lo han atravesado y se encuentran en seguro y, como dicen, le han puesto el bocado al caballo y, además, se han subido en él, no aceptan la paz sobre unas condiciones tan exiguas. Que

[25] Error de Apiano. Se trata de L. Cornelio Escipión, hijo mayor del Africano Viejo.

él en persona agradecía al rey su buena voluntad y que todavía se lo agradecería más cuando recibiera a su hijo; y para devolverle el favor ya le aconsejaba que aceptara la contraoferta antes de arriesgarse a sufrir condiciones más severas».

Publio, después de esta conversación, se retiró a 30
Elea a causa de una enfermedad y dejó a Gneo Domicio como consejero de su hermano[26]. Y Antíoco, al igual que le había ocurrido a Filipo de Macedonia, pensando que la guerra no le iba a quitar más de lo que le imponían las condiciones de los Escipiones, condujo agrupado a su ejército a los alrededores de la llanura de Tiatira no lejos de los enemigos y le envió a Escipión su hijo a Elea. Éste aconsejó a los que le llevaron a su hijo que no luchara Antíoco hasta que él regresara, y Antíoco hizo caso de su advertencia y trasladó su campamento al monte Sípilo y lo fortificó rodeándolo de un fuerte muro. Interpuso, además, el río Frigio entre él y los enemigos, a fin de que no fuera obligado a luchar contra su voluntad. Pero Domicio, que ambicionaba el que la guerra se decidiera por su intervención, atravesó con gran osadía el río y acampó a veinte estadios de Antíoco. Durante cuatro días sucesivos desplegaron cada uno sus ejércitos delante de sus respectivos campamentos, pero no comenzaron el combate. Al quinto día, Domicio desplegó de nuevo su ejército y avanzó con soberbia. Pero, como Antíoco no le presentó batalla, trasladó su campamento más cerca y, dejando transcurrir un solo día de intervalo, hizo anunciar por medio de un heraldo, para que pudieran oírlo los enemigos, que al día siguiente combatiría con Antíoco, quisiera éste o no. Y éste, conturbado, mudó una vez más de criterio y, aunque hubiera podido simplemente resistir

[26] Véase, sobre estos sucesos, E. GABBA, *Sul libro Siriaco...*, págs. 342-343, 344.

al pie del muro o rechazar desde él con éxito a los enemigos hasta que Publio se restableciera de su enfermedad, consideró que era algo vergonzoso rehuir el combate contando con un número superior de tropas. Así que se preparó para la batalla [27].

31 Ambos se pusieron en marcha cuando todavía era de noche, alrededor de la última guardia, y cada uno de ellos dispuso a su ejército de la siguiente manera. El ala izquierda la ocupaban diez mil legionarios romanos al lado mismo del río, y a continuación, había otros diez mil soldados aliados italianos. Unos y otros estaban dispuestos en una triple línea de batalla. Más allá de los italianos estaba colocado el ejército de Éumenes y unos tres mil peltastas aqueos [28]. Ésta era la disposición del ala izquierda. En el ala derecha estaban los jinetes romanos, los italianos y los de Éumenes, no más, en total, de tres mil. Mezclados con todos éstos, había muchas tropas ligeras y arqueros y, en torno al propio Domicio, estaban cuatro compañías de caballería. En conjunto, la suma total de las tropas ascendía a unos treinta mil hombres. Domicio tomó el mando del ala derecha, colocó en el centro al cónsul y dio el mando del ala izquierda a Éumenes [29]. Considerando que sus elefantes africanos no serían de ninguna utilidad, por ser pocos en número y de tamaño pequeño como ocurre en general con los de África (y

27 Batalla de Magnesia.

28 Livio, XXXIX 9, da este mismo número para las tropas aqueas. De Sanctis (IV 1, pág. 194, n. 136) piensa que la fuente de Apiano debió de contabilizar, al igual que la de Livio, en ese número a los soldados de Eumenes junto con los aqueos. Para la descripción de la batalla, puede verse el magnífico estudio de J. Kromayer, *Antike Schlachtfelder*, II, Berlín, 1903-1931, págs. 179 y sigs.

29 Error de Apiano. Éumenes ocupaba el ala derecha y Domicio el ala izquierda.

los pequeños temen a los de mayor tamaño), los colocó a todos en la retaguardia.

Tal era la disposición que presentaban los romanos. 32
A su vez, la fuerza total de Antíoco era de setenta mil hombres, y de éstos, la formación más fuerte era la falange macedónica integrada por dieciséis mil hombres ordenados aún a la manera de Alejandro y de Filipo. Colocó a éstos en el centro, divididos en diez secciones de mil seiscientos hombres cada una, y a su vez, cada sección tenía un frente de cincuenta hombres y treinta y dos de fondo. En los flancos de cada sección había veintidós elefantes. El aspecto de la falange era el de un muro del que las torres eran los elefantes. Así estaba dispuesta la infantería de Antíoco. A cada lado de ella formaban los jinetes, compuestos por gálatas con cota de malla y el cuerpo de caballería macedónico llamado *agema*. Este último lo integraban jinetes escogidos y, por ello, recibe el nombre de *agema*[30]. Un número igual de éstos estaba a cada lado de la falange. Además de ellos, había en el ala derecha algunas tropas ligeras, otros jinetes con escudo de plata y doscientos arqueros a caballo. En el ala izquierda había bandas de gálatas de los tectosagas, trocmos, tolistobeos[31], algunos capadocios que había enviado Ariárates y una mezcla de otras tribus. Había, además, otro cuerpo de caballería con malla y la que llaman la caballería de los Amigos, ligeramente armada. Así formó Antíoco a sus tropas. Parece que tenía puesta su esperanza en la caballería, a la que colocó en gran número en el frente, y en cambio, a la falange, en la que precisamente debía haber

---

30 Quizás por su entronque con la raíz de *ago* «conducir», en el sentido de cuerpo de tropas que conduce, que guía, y de ahí a cuerpo escogido, de élite.

31 Sobre la forma del nombre, véase G. CARDINALI, *Il regno di Pergamo* (Studia Historica 54), Roma, 1968 (= 1906), pág. 40, n. 1; y DE SANCTIS, IV 1, pág. 213, n. 172.

tenido la máxima confianza, dado su alto grado de preparación, la colocó apiñada en un espacio pequeño de forma muy poco estratégica. Además de las fuerzas mencionadas, había una gran multitud de lanzadores de piedras, arqueros, lanzadores de jabalinas y peltastas frigios, licios, panfilios, pisidios, cretenses, tralianos y cilicios, armados a la manera cretense. Y otros arqueros a caballo, oriundos de Daas, elimeos, misios y árabes, los cuales, montados sobre camellos muy veloces, disparaban con destreza las flechas desde su posición elevada y utilizaban cuchillos largos y estrechos cuando combatían de cerca. Delante del resto de las tropas, en el espacio entre ambos ejércitos, estaban los carros falcados para que abrieran el combate, con la orden de retirarse después de la primera carga.

33 La apariencia del ejército de Antíoco era la de dos ejércitos, uno destinado a comenzar el combate y el otro de reserva. Y cada uno de ellos dispuesto hábilmente con vista a provocar el temor, tanto por el número como por el equipo. Antíoco en persona mandaba la caballería en el ala derecha y su hijo Seleuco en el ala izquierda. Filipo, el guía de los elefantes, mandaba la falange, y Mindis y Zeuxis guiaban a los que iban a abrir el combate.

El día era brumoso y sombrío, así que la visión del espectáculo del despliegue de las tropas resultó desvaída y todos los disparos perdieron efectividad dada la oscuridad y la humedad de la atmósfera. Cuando Éumenes se percató de este hecho, se desentendió del resto de las fuerzas enemigas y, temiendo el ataque de los carros, que estaban alineados sobre todo contra él, reunió a todos los honderos, arqueros y tropas ligeras que tenía bajo su mando y les ordenó que, corriendo alrededor de los carros, dispararan contra los caballos, en lugar de hacerlo contra los conductores; pues, cuando un caballo se golpea con su compañero de yugo

uncido al carro, éste se vuelve inútil y causa mucha perturbación en el buen orden del resto de la formación, puesto que sus propios amigos tienen miedo de las hoces. Y eso, precisamente, fue lo que sucedió también en aquella ocasión. Pues al resultar heridos los caballos en gran número, arrastraron los carros contra sus propios compañeros de armas. Los camellos fueron los primeros en experimentar el desorden, pues estaban colocados próximos a los carros y, después de ellos, la caballería provista de cota de malla, que no pudo eludir con facilidad las hoces de los carros a causa del peso de la armadura. Grande era ya el tumulto y variado el desorden que comenzó, sobre todo, a partir de los caballos desbocados y se extendió a todo el campo de batalla entre ambos ejércitos, y las conjeturas eran peores que lo ocurrido en realidad. Pues en un espacio tan amplio y con una multitud abigarrada, en medio de un griterío multiforme y de un gran pánico, ni siquiera los que estaban más próximos a los hechos captaban la realidad de lo que sucedía y cada uno transmitía a su compañero sus sospechas en forma exagerada.

Éumenes, después que hubo obtenido un éxito re- 34
sonante en su primer intento y una vez que quedó despejado el espacio de terreno que ocupaban los camellos y los carros, condujo a sus propios jinetes y a aquellos de los romanos e italianos que tenía encuadrados entre sus tropas, contra los gálatas y capadocios y el restante contingente de mercenarios opuestos a él, dando grandes gritos y animándolos a combatir contra unos hombres que no tenían experiencia en la guerra y que habían sido privados del apoyo de las tropas que luchaban delante de ellos. Aquéllos le obedecieron y fue tan dura su carga, que pusieron en fuga a éstos, a los escuadrones de caballería que estaban próximos a ellos en la formación y a la caballería provista de cota

de malla, que desde hacía bastante rato andaba desordenada a causa de los carros. A estos últimos en especial, como no podían huir o maniobrar con facilidad por el peso de su armadura, les dieron alcance y los mataron.

Esto ocurría en el ala izquierda de la falange de los macedonios. Pero en el ala derecha, la que precisamente ocupaba Antíoco, este último abriendo una brecha en la compacta formación de la legión romana la dividió y la persiguió un largo trecho.

35 La falange de los macedonios había sido dispuesta formando un cuadro cerrado por estar flanqueada por la caballería, pero, cuando se vio privada de ésta a uno y otro lado, se abrió para acoger en su interior a las tropas ligeras que aún combatían delante de ella y, de nuevo, avanzó en formación cerrada. Entonces, Domicio la rodeó, con facilidad, con muchos jinetes y tropas ligeras, puesto que resultaba un cuadro denso y, al no poder efectuar ya ninguna carga ni desplegar a una masa tan abigarrada, empezaron a sufrir severamente. Y se irritaron por no poder poner en práctica sus tácticas habituales y al verse vulnerables y expuestos desde todas partes a los enemigos. Pero, no obstante, presentando desde el cuadro las sarisas apiñadas incitaban a los romanos a entablar combate cuerpo a cuerpo y daban la impresión, en todo momento, de que iban a atacar. Sin embargo, no avanzaron un solo paso, ya que eran soldados de a pie y con armamento pesado y veían a sus enemigos sobre los caballos, y, sobre todo, para no romper la formación cerrada, pues no tenían tiempo de ordenarla de otra forma. Los romanos, por su parte, no se aproximaron a ellos ni fueron a la pelea cuerpo a cuerpo, temerosos de la experiencia, solidez y desesperación de estos hombres adiestrados, sino que corriendo a su alrededor les disparaban jabalinas y flechas. Ningún disparo se perdía, al estar hacinados

tantos hombres en un espacio reducido, pues no podían ni desviar los proyectiles ni abrir filas y evitarlos. Por esta razón, después de grandes sufrimientos, cedieron ante la necesidad y retrocedieron paso a paso con amenazas, en perfecta calma y temibles para los romanos, los cuales ni siquiera en estas circunstancias se atrevieron a acercarse, sino que siguieron rodeándolos e hiriéndolos con sus disparos, hasta que los elefantes en el interior de la falange macedonia se excitaron y no obedecieron a sus guías, y entonces, el orden de la retirada se rompió.

Domicio venció en este lado y, dándose prisa en 36
llegar hasta el campamento de Antíoco, arrolló a las fuerzas que lo custodiaban. Entretanto, Antíoco, después de perseguir un largo trecho a aquella parte de las legiones romanas que estaba colocada frente a él y que no contaba con la presencia de ninguna tropa de socorro, ni de jinetes ni de tropas ligeras —pues Domicio no la había colocado, pensando que el río era suficiente protección—, llegó hasta el campamento romano. Pero, una vez que el tribuno militar, prefecto del campamento, le salió al encuentro con tropas de refresco y detuvo su avance, los fugitivos recobraron ánimos con la llegada de sus compañeros y volvieron a la lucha. Antíoco regresaba orgulloso como quien ha obtenido la victoria, sin saber nada de lo ocurrido en el ala opuesta. Y cuando Átalo, el hermano de Éumenes, le salió al paso con un cuerpo de caballería bastante numeroso, abriendo brecha en éstos con facilidad pasó a su través y no se preocupó de los enemigos que corrían en paralelo y le causaban poco daño. Sin embargo, tan pronto como vio su derrota y la llanura llena de cadáveres de sus propios soldados, de los caballos y los elefantes, y que el campamento había sido tomado por la fuerza, entonces también huyó Antíoco sin detenerse y llegó a Sardes alrededor de media noche. Desde allí prosiguió

viaje hasta Celenas, a la que llaman Apamea, a donde le habían informado que había huido su hijo, y al día siguiente se retiró a Siria desde Celenas, dejando en esta ciudad a sus oficiales para que recibieran y reunieran a las tropas fugitivas. Envió también embajadores al cónsul para tratar de la paz. Este último estaba ocupado en enterrar a sus muertos, en despojar a los cadáveres de los enemigos y en reunir a los prisioneros. Aparecieron los cadáveres de veinticuatro jinetes y unos trescientos soldados de infantería entre los ciudadanos romanos a los que había dado muerte Antíoco y sólo quince jinetes de Éumenes. Las pérdidas de Antíoco se pueden estimar, incluidos los prisioneros de guerra, en unos cincuenta mil hombres, pues no era fácil contarlos a causa de su elevado número. De los elefantes, algunos fueron muertos y quince fueron capturados.

37 Después de una victoria tan brillante e increíble para muchos —pues no era lógico esperar que una fuerza más pequeña infligiera una derrota tan grande, en una tierra extraña, a un enemigo muy superior en número, y sobre todo, a la falange macedónica, que gozaba entonces de un alto grado de adiestramiento y valor y tenía fama de invencible y temible—, los amigos de Antíoco le reprocharon su temeraria precipitación en hacer la guerra a los romanos, así como la falta de inteligencia e imprudencia mostrada desde el comienzo, al entregarles el Quersoneso y Lisimaquea con las armas y tan gran cantidad de material, antes incluso de medir sus fuerzas con el enemigo, y al haber dejado desguarnecido el Helesponto, cuyo paso sabía él que jamás los romanos hubieran esperado forzarlo con facilidad. También le echaron en cara su última insensatez, al haber inutilizado el cuerpo de tropas más fuerte de su ejército, colocándolo en un espacio de terreno reducido, y haber puesto la esperanza en una multitud promiscua de hombres recién reclutados, en vez de hacerlo en

hombres que, por el ejercicio y el tiempo, eran profesionales de la guerra y que habían acrecentado su espíritu en un alto grado de osadía y arrojo por su participación en tantos combates. Mientras se hacían tales consideraciones acerca de Antíoco, los romanos, sin embargo, tenían la moral muy elevada y consideraban que no había ya ninguna empresa difícil para ellos, gracias a su propio valor y a la ayuda de los dioses; y es que, en efecto, les llevó a creer en su buena suerte el hecho de que tan pocos hubieran vencido en el primer ataque, en la primera batalla y en un país extranjero a un número muy superior, compuesto de tantos pueblos, a los recursos reales, a mercenarios valientes, a la afamada falange macedónica y al rey en persona, poseedor de un inmenso imperio y llamado el Grande, todo ello, en un solo día. Y se hizo muy común entre ellos el siguiente dicho: «*Hubo* un rey, Antíoco el Grande.»

Mientras los romanos se vanagloriaban de tal forma 38
de sus hechos, el cónsul, después que su hermano Publio se reunió con él procedente de Elea, una vez restablecido de su enfermedad, concedió audiencia a los embajadores de Antíoco. Éstos solicitaron saber bajo qué condiciones el rey Antíoco sería amigo del pueblo romano. Y Publio les dio la siguiente respuesta: «Antíoco, por su propia ambición, es el responsable de su situación actual y de la pasada, pues mientras era dueño de un vasto imperio sin que a ello se opusieran los romanos, arrebató la Celesiria a Tolomeo, familiar suyo y amigo de Roma; invadió, a continuación, Europa con la que nada tenía que ver, sometió Tracia, fortificó el Quersoneso y reconstruyó Lisimaquea; y, después de cruzar a Grecia, esclavizó a los griegos que habían sido liberados hacía poco por los romanos, hasta que fue derrotado en una batalla en las Termópilas. Y ni siquiera, puesto en fuga, desistió de su ambición, sino que,

a pesar de haber sido derrotado muchas veces en el mar, no pidió la paz hasta que nosotros acabábamos de atravesar el Helesponto. Y, entonces, también rechazó por soberbia las condiciones ofrecidas y, tras reunir de nuevo un gran ejército e incontables efectivos, prosiguió la guerra contra nosotros, empeñado en luchar con sus mejores tropas hasta que se encontró con un gran desastre. Sería lógico que nosotros le impusiéramos un castigo más severo por su empecinamiento en combatir de continuo a los romanos, pero no tenemos por costumbre volvernos insolentes con nuestros éxitos ni agravar las desgracias de los otros. Le ofrecemos, pues, las mismas condiciones que antes, con algunas pequeñas adiciones que serán de utilidad para nosotros y provechosas para él con vista a la seguridad futura. El rey deberá abandonar toda Europa y la parte de Asia de este lado del Tauro —a partir de aquí se establecerán los límites—; deberá entregar todos los elefantes que posee y las naves que le ordenemos, y, en el futuro, no tendrá elefantes y sólo el número de naves que le fijemos; entregará los veinte rehenes que elija el cónsul y pagará por el costo de esta guerra suscitada por su culpa quinientos talentos euboicos de inmediato y, cuando el senado ratifique los tratados, dos mil quinientos, así como doce mil más durante doce años, llevando a Roma la parte proporcional a cada año; además, deberá devolvernos todos los prisioneros y desertores, y a Éumenes, cuantas posesiones tenga en virtud del pacto con Átalo, el padre de aquél. Si Antíoco cumple esto sin engaño, le ofrecemos la paz y la amistad cuando el senado lo ratifique» [32].

---

[32] Apiano añade, a las claúsulas dadas por Polibio (XXI 16-17) en el tratado preliminar, dos más: «deberá entregar todos los elefantes que posee y las naves que le ordenemos, y en el futuro no tendrá elefantes y sólo el número de naves que le fijemos», y «además deberá devolvernos todos los prisioneros y

Todas estas condiciones ofrecidas por Escipión fueron aceptadas, en su totalidad, por los embajadores. Fue satisfecha, al punto, la parte del dinero exigida y entregados los veinte rehenes, entre los que se contaba Antíoco, el hijo más joven de Antíoco. Los Escipiones y Antíoco enviaron emisarios a Roma y el senado ratificó lo acordado. Se escribió un tratado que consolidaba, en sus líneas generales, los criterios de Escipión, perfilaba puntos que habían quedado sin delimitar y añadía pequeños detalles. Como límite para los dominios de Antíoco, se establecieron los dos promontorios: Calicadno y Sarpedonio, más allá de los cuales no debía navegar Antíoco con fines bélicos. Se fijó en doce el número de barcos acorazados con los que podía contar para emprender la guerra contra sus súbditos, pero podía tener más, si era objeto de ataque. Se le prohibió reclutar mercenarios de territorio romano y recibir a fugitivos de igual procedencia, y los rehenes se cambiarían cada tres años, excepto el hijo de Antíoco. El tratado fue grabado en tablillas de bronce y depositado en el Capitolio, donde suelen depositar también los otros tratados, y enviaron una copia del mismo a Manlio Vulsón, el sucesor de Escipión en el mando [33]. Éste tomó el juramento a los embajadores de Antíoco en Apamea de Frigia, y Antíoco hizo lo propio con 39

desertores...». Estas cláusulas figuraron, en efecto, en la redacción definitiva del tratado. Diodoro (XXIX 10) también menciona la cesión de los elefantes y de los navíos de guerra, lo que hace pensar en una fuente distinta a la de Polibio (véase, para más detalles, De Sanctis, IV 1, págs. 200-203, y E. Will, II, págs. 185-187). Este tratado es importante por ser el más detallado y completo de entre aquellos con cuyo texto contamos en toda la historia de la Antigüedad.

33 La versión de Apiano sobre cómo se llevó a cabo la redacción definitiva del tratado a cargo del senado y la ratificación en Asia por Manlio Vulsón parece ser la más verosímil y digna de crédito.

Termo, tribuno militar enviado para tal fin. Éste fue el desenlace[34] de la guerra entre Antíoco el Grande y los romanos, y parece que sólo quedó en esto gracias al favor concedido por Antíoco al hijo de Escipión.

40 Algunas personas, cuando regresó Escipión, lo acusaron por este hecho y dos tribunos de la plebe presentaron contra él los cargos de venalidad y traición. Pero él hizo poco caso de la acusación y la menospreció, y como el día del juicio coincidía con el aniversario de su victoria sobre Cartago, envió al Capitolio, antes de su llegada, víctimas para el sacrificio y compareció ante el tribunal con un vestido de ceremonia, en vez de aquel otro lastimoso y humilde de los acusados; así que, por ello, causó de inmediato una profunda impresión en todos y los predispuso en su favor, como ante alguien que estaba orgulloso de la rectitud de su conciencia. Cuando comenzó a hablar, ni siquiera mencionó la acusación, sino que pasó revista a su propia vida, a sus afanes y hechos todos, a las guerras que había librado en defensa de la patria y a la forma en que había llevado cada una de ellas y cuántas veces había obtenido la victoria, hasta el punto de que el auditorio experimentó una sensación de placer a causa de la gravedad de su relato. Y, una vez que llegó en su exposición a la destrucción de Cartago, dando rienda suelta a su imaginación hasta un grado máximo y arrebatados por su elocuencia él mismo y la multitud, dijo con entusiasmo: «En este día obtuve yo tal victoria y puse a vuestros pies a Cartago, ciudadanos, el máximo objeto de temor para nosotros hasta aquel momento. Precisamente ahora me dispongo a partir hacia el Capitolio para realizar los sacrificios conmemorativos de aquel día. Cuantos de vosotros sintáis amor por vuestra ciudad, participad conmigo en

[34] Véase E. Gabba, *Sul libro Siriaco...*, pág. 340.

ellos, que se ofrecen en vuestro nombre». Después de pronunciar este discurso, corrió hasta el Capitolio, sin preocuparse en absoluto del juicio. Le siguió la multitud y la mayoría de los jueces dando gritos de júbilo, que no cesaron mientras realizaba los sacrificios. Los acusadores no sabían qué hacer, pero no se atrevieron a entablar un nuevo proceso contra él, dado que el anterior no había sido fallado, ni tampoco a reprocharle por su demagogia, pues habían comprendido que su vida era más fuerte que la sospecha y la calumnia.

De este modo manifestó Escipión su desprecio por 41
una acusación indigna de su carrera, actuando con más sabiduría, a mi juicio, que Arístides respecto a la suya de robo y que Sócrates acerca de aquellas otras de las que fue acusado, pues ni uno ni otro replicaron nada al pesar sobre ellos una calumnia semejante, a menos que Sócrates dijera lo que Platón le hizo decir. Y mostró también un espíritu más elevado que Epaminondas, cuando desempeñaba el cargo de beotarca[35] en compañía de Pelópidas y otro más. Los tebanos enviaron a éstos, tras haberles confiado el mando de un ejército a cada uno, a auxiliar a los arcadios y mesenios que habían sido atacados por los lacedemonios, pero los llamaron para responder de ciertos cargos, cuando aún no habían llevado a cabo lo que se proponían hacer. Sin embargo, ellos no entregaron el mando a sus sucesores durante seis meses, hasta que destruyeron las guarniciones lacedemonias y colocaron, de nuevo, en su lugar otras arcadias. Epaminondas obligó a sus colegas a actuar de este modo y les prometió que su acción quedaría impune. Y, una vez que hubieron retornado, los acusadores los sometieron a un proceso a cada uno por separado y propusieron la pena capital

[35] Miembro del Consejo federal tebano.

—pues la ley castigaba con la muerte al que detentaba por la fuerza el mando asignado a otro—. No obstante, los otros dos escaparon al castigo, recurriendo a despertar la compasión, a pronunciar largos discursos y a echar la culpa a Epaminondas que les había sugerido que dijeran eso y que testificó la verdad de sus palabras. Y éste, juzgado en último lugar, dijo: «Reconozco que he retenido el mando de manera ilegal durante este tiempo y que obligué a hacerlo a aquellos a los que ahora liberasteis, no pido que se me perdone la pena de muerte puesto que quebranté la ley. Sin embargo, os suplico que, en compensación por mis anteriores servicios, escribáis sobre mi tumba 'Aquí yace el vencedor de Leuctra, el que a su patria, que no se había atrevido a hacer frente al enemigo ni siquiera a cualquier extranjero que llevase una capa lacedemonia, la condujo ante las mismas puertas de Esparta. Su patria lo condenó a muerte por haber violado la ley para el bien de su patria'». Tras decir esto, descendió del estrado y ofreció su cuerpo a los que quisieran llevárselo para sufrir el castigo. Pero los jueces, a causa del reproche contenido en sus palabras, por la admiración que les produjo su defensa y por respeto al hombre que la pronunció, sin aguardar a tomar los votos corrieron fuera del tribunal.

42 Cada uno puede comparar ambos casos como guste. Manlio, el sucesor de Escipión, marchó hacia los territorios que habían sido arrebatados a Antíoco y puso en orden el estado de sus asuntos. Los tolistobeos, una de las tribus gálatas que habían luchado como aliados de Antíoco, se habían refugiado en el monte Olimpo en Misia. Y Manlio, tras escalar el monte con gran dificultad, los persiguió cuando huían, hasta que los mató y los despeñó en un número tan grande, que resultó imposible contarlos, e hizo prisioneros a unos cuarenta mil. Quemó sus armas y, a ellos, como no podía llevar

consigo un número tan elevado de cautivos mientras proseguía la guerra, los vendió como esclavos a las tribus bárbaras vecinas. Entre los tectosagas y trocmos corrió peligro a causa de una emboscada, pero logró escapar. Cuando regresó, los encontró acampados al aire libre en abigarrada muchedumbre y los rodeó con sus tropas ligeras, a las que ordenó que, corriendo alrededor de ellos, les dispararan sin acercarse ni entablar combate cuerpo a cuerpo. Como ningún dardo se perdió a causa de la densidad de los enemigos, mató hasta ocho mil y persiguió a los restantes más allá del río Halis. Ariárates, rey de los capadocios, que también había enviado ayuda militar a Antíoco sintió miedo, pidió perdón y envió, además, doscientos talentos, gracias a lo cual no devastó Manlio su país, sino que regresó al Helesponto con un gran tesoro, con riquezas incontables, con un botín pesadísimo y el ejército sobrecargado[36].

Estos[37] hechos los ejecutó Manlio a la perfección, 43
pero a partir de este momento desdeñó, de forma totalmente absurda, el viaje por mar cuando era la época estival, sin tomar en consideración la carga de cuanto llevaba y sin que hubiera ya necesidad alguna de fatigar o ejercitar con la marcha al ejército, que no iba a la guerra, sino que retornaba a casa con el botín. Y efectuó el viaje a través de Tracia por un camino estrecho, largo e intransitable, con un calor asfixiante, sin enviar tampoco ninguna carta a Filipo, a Macedonia, para que

---

36 Esta expedición de Vulsón contra los gálatas se caracterizó por una crueldad sin límites que hubiera sido impropia de los Escipiones. No obstante, le valió una gran popularidad entre los griegos que, según Polibio, se alegraron más que de la derrota de Antíoco. Véanse más detalles en E. Will, II, págs. 184-185.

37 Véase, al respecto, E. Gabba, *Sul libro Siriaco...*, págs. 345-346.

le saliera al encuentro a fin de darle escolta, ni dividir al ejército en muchas partes para que marchara de forma más desahogada y tuviera lo que necesitara más a la mano y sin distribuir la impedimenta entre la columna de marcha para que estuviera más protegida. Por el contrario, llevaba a todos sus hombres unidos en una larguísima columna con la impedimenta en el centro, de forma que ni los de vanguardia ni los de retaguardia podían prestarle ayuda rápida, debido a la longitud de la columna y a la estrechez del camino. Por lo cual, al atacarle los tracios desde todos los lados por los flancos, perdió una gran parte del botín, del tesoro público y de su propio ejército. Y, con el resto, escapó a Macedonia. Este hecho puso también de manifiesto qué gran ayuda había prestado Filipo al dar escolta a los Escipiones y qué gran error había cometido Antíoco al abandonar el Quersoneso. Manlio, pasando de Macedonia a Tesalia y, de aquí, al Epiro, atravesó hasta Brindisi y, tras licenciar al resto del ejército con destino a sus hogares, regresó a Roma.

44 Los rodios y Éumenes, el rey de Pérgamo, estaban muy ufanos de su alianza contra Antíoco. Éumenes en persona partió hacia Roma y los rodios enviaron embajadores. El senado concedió a los rodios Licia y Caria, territorios que, no mucho después, volvió a quitarles, por mostrarse los rodios más favorables a Perseo, el rey de Macedonia, que a los romanos en la guerra que estos últimos sostuvieron frente a aquél. A Éumenes le dieron los restantes territorios que habían quitado a Antíoco, a excepción de las ciudades griegas que había en ellos. De estas últimas, a cuantas pagaban tributo a Átalo, el padre de Éumenes, les ordenaron que se lo pagaran a Éumenes, pero a todas aquellas que antes eran tributarias de Antíoco las eximieron del tributo y las dejaron autónomas.

Así dispusieron los romanos los territorios conquistados por la guerra. Después que murió el rey Antíoco el Grande, le sucedió su hijo Seleuco. Éste rescató a su hermano Antíoco de la condición de rehén de los romanos, entregando, a cambio, a su propio hijo Demetrio. Cuando Antíoco regresaba tras su estancia como rehén y se hallaba aún cerca de Atenas, Seleuco fue asesinado, como consecuencia de la conspiración de Heliodoro, uno de sus cortesanos[38]. Pero cuando éste quiso forzar su acceso al poder, Éumenes y Átalo lo expulsaron y entronizaron a Antíoco buscando congraciarse con él, pues a causa de ciertas desavenencias también ellos se habían hecho ya sospechosos a los ojos de los romanos. De esta forma, Antíoco, el hijo de Antíoco el Grande, fue rey de Siria. A él le dieron los sirios el sobrenombre de Epífanes, porque, cuando le fue arrebatado el trono por unos usurpadores, se mostró como un auténtico rey. Después de efectuar un pacto de amistad y alianza con Éumenes, gobernó con firmeza sobre Siria y los pueblos vecinos. Designó, como sátrapa de Babilonia, a Timarco y encargó del erario a Heraclides, hermanos ambos y favoritos suyos. 45

Llevó a cabo también una expedición contra Artaxias, rey de los armenios, y después de haberlo cogido prisionero murió, dejando a un niño de nueve años al que los sirios le añadieron el sobrenombre de Eupátor, en recuerdo de la nobleza de su padre. A este niño lo educó Lisias. El senado se alegró de que Antíoco, que había dado muestras de su nobleza en un breve espacio de tiempo, muriera pronto y, cuando Demetrio el hijo de Seleuco —sobrino de Antíoco Epífanes, nieto de Antíoco el Grande y primo de este niño—, que, a la sazón, 46

[38] Las circunstancias de su muerte son oscuras, pero se sabe que Heliodoro no era uno de sus cortesanos sino su primer ministro (para más detalles, De Sanctis, IV 1, pág. 260 y notas).

continuaba en Roma como rehén y contaba veintidós años de edad, pidió ser instalado en el trono, por considerar que le correspondía en prioridad a él, no lo permitió, pues pensaban que sería menos ventajoso para ellos que gobernara a los sirios un hombre adulto, en vez de un muchacho inmaduro. Y, al enterarse de que había en Siria gran número de elefantes y más naves de las estipuladas para Antíoco, enviaron embajadores para que mataran a los elefantes y quemaran las naves. El espectáculo de la muerte de estas bestias apacibles y escasas y del incendio de los barcos movía a compasión. Y, en Laodicea, un cierto Leptines, exasperado por el espectáculo, apuñaló a Gneo Octavio, el jefe de la embajada, mientras se ungía en el gimnasio, y Lisias lo enterró.

47 Demetrio se presentó de nuevo ante el senado y solicitó ser liberado, al menos, de su condición de rehén, puesto que había sido entregado a cambio de Antíoco y éste había muerto. Pero no pudo obtener ni esto siquiera, así que se hizo a la mar en secreto. Los sirios lo recibieron con gran alegría y accedió al trono después de haber dado muerte a Lisias y al muchacho con él, y tras desterrar a Heraclides y matar a Timarco que se había rebelado y había administrado, por lo demás, con vileza la satrapía de Babilonia. Por todo lo cual, fue llamado Soter, en primer lugar por los babilonios. Cuando se afianzó en el poder, Demetrio envió a los romanos una corona, valorada en diez mil piezas de oro, en agradecimiento de su anterior estancia como rehén entre ellos, y a Leptines, el asesino de Octavio. Aquéllos aceptaron la corona, pero no a Leptines, con la intención de hacer recaer esta acusación sobre todos los sirios. Demetrio expulsó del trono de Capadocia a Ariárates y colocó en su lugar a Olofernes[39], que pasaba

---

[39] POLIBIO, XXXII 24, 4, da el nombre de Orofernes.

por ser el hermano de Ariarates, recibiendo por ello seis mil talentos. Sin embargo, los romanos decidieron que, como hermanos, Ariarates y Olofernes reinaran juntos.

Pero, tras el destierro de estos últimos y de Ario- 48
barzanes, su sucesor, no mucho después, por Mitrídates, rey del Ponto, comenzó a fraguarse, por este motivo entre otros, la guerra mitridática, que fue muy grande y con numerosas vicisitudes para muchos pueblos y se prolongó por espacio de casi cuarenta años, durante los cuales se sucedieron en Siria muchos reyes, todos del linaje real y de corta duración, y también hubo muchos cambios y rebeliones contra el poder real. Los partos que ya se habían separado antes del poder de los seleúcidas se apoderaron de Mesopotamia que estaba sometida a aquéllos. Tigranes, el hijo de Tigranes[40] y rey de Armenia, después de haber sojuzgado a muchos pueblos vecinos que contaban con dinastías propias, consideró que era, por este motivo, rey de reyes y atacó a los seleúcidas, que no quisieron someterse. Y, como Antíoco el Piadoso no fue capaz de hacerle frente, Tigranes sometió a todos los pueblos sirios del lado de acá del Éufrates hasta Egipto. También se apoderó, al mismo tiempo, de Cilicia, la cual era vasalla de los seleúcidas, y puso a Bagadates durante catorce años al frente de todas estas conquistas.

Cuando el general romano Lúculo perseguía a Mi- 49
trídates, que se había refugiado en el reino de Tigranes, Bagadates fue con un ejército para socorrer a éste y, entretanto, Antíoco, el hijo de Antíoco el Piadoso, penetrando subrepticiamente en Siria se hizo con el poder con el consentimiento de los sirios. Lúculo, que hizo primero la guerra a Tigranes y lo expulsó del territorio recién adquirido, no se opuso a que Antíoco detentara el poder de sus antepasados. Sin embargo, Pompeyo,

[40] No de Tigranes, sino de Artaxias.

el sucesor de Lúculo, después de derrotar a Mitrídates, convino en que Tigranes reinara en Armenia y expulsó a Antíoco del reino de Siria, aunque no había hecho ningún daño a los romanos. La causa real era que le resultaba fácil, teniendo un ejército, desposeerle de un reino enorme y desarmado, pero el motivo alegado fue que no era lógico que los seléucidas, que habían sido expulsados por Tigranes, gobernaran ya en Siria en lugar de los romanos, los cuales habían vencido a Tigranes.

50 De esta forma, sin luchar, los romanos entraron en posesión de Cilicia, de la Siria interior y la Celesiria, de Fenicia y Palestina y de todos cuantos territorios, englobados bajo el nombre común de Siria, se extienden desde el Éufrates hasta Egipto y el mar. Sin embargo, al pueblo judío, que fue el único en oponer resistencia, lo sometió Pompeyo por la fuerza, envió a Roma a su rey Aristobulo y arrasó hasta los cimientos Jerusalén, su ciudad más grande y la más sagrada para ellos. Esta ciudad había sido destruida también por Tolomeo el primer rey de Egipto, y, edificada de nuevo, la volvió a arrasar Vespasiano, y Adriano hizo lo mismo en mi época. Por tales causas, el impuesto per cápita para todos los judíos es superior al del resto de sus convecinos[41]. Los sirios y cilicios tienen también un impuesto anual consistente en una centésima parte del valor estimado para la propiedad de cada uno. Así pues, Pompeyo, de entre todos estos pueblos que estuvieron sometidos a los seleúcidas, a unos... impuso reyes o jefes propios ⟨a otros les confirmó los que ya tenían antes⟩[42]. De igual modo, también confirmó en sus tetrar-

---

41 Sigo aquí una conjetura de Musgrave: *perioikías* en lugar de *periousías*. Es éste un pasaje que ha dado lugar a interpretaciones varias, véase bibliografía en VIERECK, 1962, pág. 543.

42 Schweighäuser determinó la existencia de una laguna. Lo que va entre corchetes angulares es conjetura suya.

quías a los cuatro jefes de los gálatas de Asia que habían luchado a su lado contra Mitrídates. No mucho después, en tiempos de Augusto sobre todo, éstos fueron cayendo a su vez, gradualmente bajo la órbita de Roma.

Pompeyo ordenó que Escauro, que había sido su 51
cuestor durante la guerra, se encargara, de inmediato, de Siria. El senado designó a Marcio Filipo como sucesor de Escauro y a Léntulo Marcelino como sucesor de Filipo, pertenecientes ambos al rango pretoriano. Cada uno de éstos consumió los dos años de su mandato en defenderse de los ataques de los árabes vecinos. Por esta razón, en adelante, se designaron para Siria procónsules, a fin de que tuvieran potestad para levar tropas y hacer la guerra como los cónsules. Gabinio fue el primero de éstos que fue enviado con un ejército y, cuando estaba a punto de emprender la guerra, Mitrídates el rey de los partos, que había sido despojado de su reino por su hermano Orodes, lo convenció para que dirigiera sus fuerzas contra los partos, en vez de contra los árabes. Pero, entonces, Tolomeo XI, rey de Egipto, que también había sido arrojado de su trono, le persuadió, a su vez, con una gran suma de dinero, para que atacara Alejandría, en vez de Partia. Y Gabinio, tras hacer la guerra a los alejandrinos, restauró en el trono a Tolomeo y fue desterrado por el senado por haber invadido Egipto sin su autorización para una guerra considerada de mal augurio por los romanos, pues estaba prohibida en los libros sibilinos. Me parece que Craso fue el sucesor de Gabinio en Siria, el que sufrió aquel gran desastre cuando combatía contra los partos. Cuando Lucio[43] Bíbulo era procónsul de Siria después de Craso, los partos la invadieron, y bajo el gobierno de Saxa, el sucesor de Bíbulo, la recorrieron hasta Jonia,

[43] En realidad, M. Bíbulo.

pues los romanos estaban ocupados entonces en las guerras civiles.

Pero de estos hechos daré cumplida cuenta en mi historia de Partia.

52 No obstante, como este libro versa sobre Siria, se ha expuesto cómo la obtuvieron los romanos y la establecieron en su actual situación. Sin embargo, no está fuera de lugar dar un breve repaso al papel desempeñado en ella por los macedonios, los cuales reinaron en Siria antes que los romanos.

Después[44] de los persas, fue rey de Siria Alejandro, quien reinó, además, sobre todos los países que vio. A su muerte, como uno de sus hijos era todavía una criatura muy pequeña y el otro se hallaba en el vientre materno, los macedonios, por amor al linaje de Filipo, eligieron como rey, mientras eran criados los hijos de Alejandro —pues cuidaban también de la viuda encinta—, a Arrideo, el hermano de Alejandro, aunque se pensaba que no estaba en sus cabales y le cambiaron el nombre de Arrideo por el de Filipo. Sin embargo, los amigos de Alejandro dividieron en satrapías a los pueblos sometidos y Perdicas las repartió entre ellos bajo la autoridad del rey Filipo. Y no mucho después, cuando murieron los auténticos reyes, los sátrapas se convirtieron en reyes. El primer sátrapa de Siria fue Laomedonte de Mitilene, gracias al favor de Perdicas y de Antípatro, que fue quien asumió la tutela de los reyes después de Perdicas. Tolomeo, el sátrapa de Egipto, fue al encuentro de Laomedonte con una flota y trató de convencerlo para que, a cambio de una fuerte suma de dinero, le entregara Siria en razón a que cons-

---

44 Aquí comienzan de nuevo los *Excerpta* de GEMISTIO PLETHON (véase la historia del texto en la *Introducción*), que encontramos también diseminados a lo largo de los primeros veintiocho capítulos de este libro.

tituía una buena defensa para Egipto y una excelente base de operaciones contra Chipre. Y, como no pudo convencerlo, lo hizo prisionero, pero él sobornó a los guardianes y huyó a Caria junto a Alcetas. Tolomeo reinó en Siria durante un cierto tiempo y, después de dejar guarniciones en las ciudades, navegó de regreso a Egipto.

Antígono era sátrapa de Frigia, Licia y Panfilia y, 53
habiendo sido dejado por Antípatro como inspector de toda Asia, al pasar éste a Europa, sitió a Éumenes, sátrapa de Capadocia, a quien los macedonios habían declarado enemigo público. Pero Éumenes logró escapar y se apoderó de Media. Sin embargo, Antígono lo capturó y le dio muerte y, a su regreso, obtuvo un magnífico recibimiento por parte de Seleuco el sátrapa de Babilonia. Como quiera que Seleuco castigó a uno de los gobernadores sin consultar con Antígono, que todavía se encontraba presente, este último montó en cólera y le pidió cuenta de su dinero y posesiones. Y aquél, por ser más débil que Antígono, huyó al lado de Tolomeo en Egipto. Antígono, tras la huida de Seleuco, relevó, de inmediato, de su cargo a Blítor, el gobernador de Mesopotamia, por haber dejado escapar a Seleuco y, muerto ya Antípatro, se apoderó de Babilonia, Mesopotamia y de cuantos territorios hay entre Media y el Helesponto. A causa de ello, despertó, al punto, la envidia de los restantes sátrapas, por detentar el mando de una extensión tan grande de tierra. Por lo cual, sobre todo Tolomeo, Lisímaco, el sátrapa de Tracia, y Casandro, el hijo de Antípatro, que estaba al frente de los macedonios desde la muerte de su padre, se coaligaron con Seleuco a requerimiento de este último. Y enviaron una embajada conjunta a Antígono pidiéndole que repartiera, con ellos y con los otros macedonios que habían sido despojados de sus satrapías, las tierras que había adquirido, así como su dinero. Pero

Antígono se burló de ellos y éstos, a su vez, le declararon en bloque la guerra. Él, por su parte, se preparó también para la misma y expulsó a todas las guarniciones de Tolomeo que había aún en Siria, al tiempo que le quitaba todas las posesiones que aquél conservaba todavía en Fenicia y la llamada Celesiria.

54 Avanzando más allá de las Puertas Cilicias, dejó a su hijo Demetrio, de unos veintidós años de edad, en Gaza con un ejército para que contuviera el ataque de Tolomeo que venía desde Egipto. Tolomeo lo venció en una magnífica batalla en torno a Gaza y el muchacho huyó junto a su padre. Tolomeo envió de inmediato a Seleuco a Babilonia para que recuperara el poder y le dio, para tal fin, mil soldados de infantería y trescientos jinetes. Con un número tan exiguo de tropas, Seleuco obtuvo de nuevo Babilonia, tras recibir una calurosa acogida de sus habitantes y, después de poco tiempo, aumentó grandemente su poder. Antígono, en cambio, rechazó a Tolomeo y lo venció cerca de Chipre en un espléndido combate naval en el que su hijo Demetrio fue el comandante. Por esta hazaña notabilísima, el ejército los proclamó reyes a ambos, a Antígono y a Demetrio, pues ya habían muerto sus reyes: Arrideo, el hijo de Filipo y Olimpíade, y los hijos de Alejandro. También proclamó rey a Tolomeo su propio ejército, por temor a que fuera tenido por inferior a los vencedores a causa de su derrota. Ocurrió, precisamente, que estos hombres obtuvieron resultados idénticos como consecuencia de hechos opuestos. Los demás siguieron, al punto, su ejemplo y todos los sátrapas se convirtieron en reyes.

55 Y así fue como Seleuco[45] llegó a ser rey de Babilonia. Obtuvo, además, el reino de Media, después de

[45] Se trata de Seleuco I Nicátor, creador de la unidad política del imperio seléucida. El gobierno de los seléucidas fue,

matar personalmente en combate a Nicanor[46], a quien Antígono había dejado como sátrapa de este país. Llevó a cabo muchas guerras contra los macedonios y los bárbaros. Las dos más importantes fueron con los macedonios; la segunda, con Lisímaco, el rey de Tracia, y la primera, con Antígono en las cercanías de Ipso, en Frigia, en la que tuvo el mando de las tropas, y tomó parte en la lucha el propio Antígono, a pesar de que tenía ya más de ochenta años de edad. Puesto que Antígono murió en la batalla, todos los reyes que se habían coaligado con Seleuco contra aquél se repartieron sus posesiones. A Seleuco le tocó en suerte, en este reparto, la parte de Siria que se extiende desde el Éufrates hasta el mar y la Frigia interior. Acechando siempre a los pueblos vecinos y dotado de poder para someterlos por la fuerza y de persuasión para atraérselos, llegó a reinar sobre Mesopotamia, Armenia, la Capadocia llamada Seléucida, persas, partos, bactrianos, árabes, tapiros, la Sogdiana, Aracosia, Hircania y sobre todos los demás pueblos limítrofes, que se extienden hasta el río Indo, que habían sido conquistados por Alejandro. Así que fue quien tuvo unos límites más vastos en Asia después de Alejandro, pues desde Frigia hasta el río Indo todos eran súbditos de Seleuco. Cruzó el Indo e hizo la guerra a Androcoto[47], rey de los indios que habitaban en las márgenes del río, hasta que firmó con él un pacto de amistad sellado por vía de matrimonio. Algunos de estos hechos los hizo antes de la muerte de Antígono, y otros, después de ella.

---

como el de los Tolomeos, personal y dinástico y basado en los éxitos militares, tanto internos como externos.

[46] Quizá mejor, Nicátor, lectura de varios manuscritos.

[47] O Sandrocoto, nombres griegos de Chandragupta. Sobre las campañas indias de Seleuco, véase E. WILL, I, págs. 236-238.

56 Se dice que, cuando todavía era soldado de Alejandro y lo seguía a la guerra contra los persas, consultó el oráculo de Dídima sobre su regreso a Macedonia y obtuvo la siguiente respuesta: «No te afanes por volver a Europa, Asia será mucho mejor para ti.» Cuentan también que en Macedonia, en el hogar paterno, brilló un gran fuego sin que nadie lo prendiera, y que su madre tuvo un sueño en el que el anillo que encontraba se lo entregó a Seleuco para que lo llevase, y que sería rey en el lugar en el que se le cayera el anillo. Y ella encontró uno de hierro con un ancla grabada, y él perdió este anillo en el río Éufrates. Se dice, además, que en fecha posterior, cuando regresaba a Babilonia, tropezó con una piedra y que, al ser desenterrada, se vio que tenía la forma de un ancla. Como los adivinos estaban desconcertados pensando que se trataba de una señal de detención, Tolomeo, el hijo de Lago, que acompañaba a la expedición, manifestó que el ancla era símbolo de seguridad, no de demora. Por esta razón, el sello real de Seleuco cuando fue rey era un ancla grabada. Hay algunos que afirman que, mientras vivía aún Alejandro y buscaba otro presagio sobre el futuro poder de Seleuco, se produjo el siguiente. Cuando Alejandro había regresado a Babilonia desde la India y navegaba por las lagunas de Babilonia, con intención de poner en regadío los campos asirios por medio del río Éufrates, se levantó un ventarrón que le arrebató su diadema y, arrastrada por el viento, quedó colgada de una caña que crecía sobre la tumba de un antiguo rey. Este suceso presagiaba la muerte inminente del rey, pero dicen que un marinero se arrojó a nado, ciñó la diadema en su cabeza y se la llevó sin que se mojara a Alejandro, por lo que recibió en el acto un talento de plata de manos del rey como recompensa por su lealtad. Los adivinos aconsejaron al rey que lo matara y algunos dicen que Alejandro les hizo caso, y otros,

que se negó. Pero también hay quienes, pasando por alto todo esto, sostienen que no existió, en absoluto, tal marinero, sino que Seleuco se echó a nado a por la diadema del rey y que el propio Seleuco se la ciñó en su cabeza para evitar que se mojara. Y al final los presagios se produjeron para ambos, pues Alejandro acabó sus días en Babilonia y Seleuco fue, de entre los sucesores de Alejandro, quien reinó sobre la mayor parte de su imperio.

Éstas son las profecías que yo he oído sobre Se- 57
leuco. Nada más morir Alejandro, llegó a ser el jefe de la caballería de los Amigos, a cuyo frente estuvo Hefestión en vida de Alejandro y, después de Hefestión, Perdicas. Desde este puesto, pasó a ser sátrapa de Babilonia, y rey, después de sátrapa. Por su excelente fortuna en las guerras, recibió el sobrenombre de Nicátor. Al menos yo prefiero creer que fue por este motivo, mejor que por haber dado muerte a Nicanor. Era Seleuco tan fuerte y corpulento de cuerpo, que cuando en cierta ocasión, durante un sacrificio a Alejandro, un toro salvaje se soltó de las ataduras, le hizo frente él solo y lo mató únicamente con las manos, y en recuerdo de este hecho, acostumbran a adornar con cuernos sus estatuas. Fundó ciudades a lo largo de todo su imperio: a dieciséis, les dio el nombre de Antioquía en recuerdo de su padre; a cinco, el de Laodicea por su madre; a nueve, les puso su nombre, y a cuatro, los de sus esposas: tres Apamea y una sola Estratonicea. Las más famosas de ellas, incluso en la actualidad, son las dos Seleucias, la una junto al mar y la otra a orillas del Tigris, la Laodicea de Fenicia, la Antioquía que está al pie del monte Líbano y la Apamea de Siria. A las demás ciudades les dio nombres de Grecia o Macedonia, o bien en recuerdo de alguna de sus hazañas o en honor del rey Alejandro. Por esta razón, existen en Siria y en los países bárbaros del interior de Asia

muchos nombres de ciudades griegas y macedónicas: Berrea, Edesa, Perinto, Maronea, Calípolis, Acaya, Pela, Oropo [48], Anfípolis, Aretusa, Ástaco, Tegea, Calcis, Larisa, Herea, Apolonia; en Partia están Sotira, Calíope, Caris, Hecatómpilo y Acaya; en la India, Alejandrópolis; y en Escitia, Alejandréscata. En recuerdo de las victorias del propio Seleuco están Niceforio, en Mesopotamia, y Nicópolis, en Armenia, la más próxima a Capadocia [49].

58 Cuentan que, cuando Seleuco iba a fundar las dos Seleucias, un rayo le guió, como presagio de la divinidad, en la fundación de la que está junto al mar y, por este motivo, consagró al rayo como divinidad para ellos, y todavía en la actualidad celebran fiestas en honor del rayo y le entonan himnos. Y dicen también que, cuando se les ordenó a los magos que indicaran el día y la hora en la que debía comenzar la excavación de los cimientos para la fundación de la Seleucia que está junto al Tigris [50], los magos falsearon la hora, porque no querían que hubiese una fortaleza de tal calibre contra ellos. Mientras Seleuco aguardaba en su tienda la hora indicada y el ejército, listo para la obra, esperaba tranquilo hasta que Seleuco le diera la orden, de repente, a la hora fijada por el destino, creyendo oír que alguien les ordenaba empezar el trabajo se lanzaron a ello con tal rapidez, que ni siquiera los heraldos pudieron hacerles desistir. Y la obra quedó ulti-

---

48 Europos.

49 Sobre la política social y colonizadora de los seléucidas, véase M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Hellenistic World* = *Historia social y económica del mundo helenístico*, I [trad. F. J. Presedo Velo], Madrid, 1967, págs. 448 y sigs. (en adelante citado: Rostovtzeff, I o II).

50 Esta ciudad fue la capital de la parte oriental de su imperio y sede del virrey de las satrapías orientales. Era, además, un nudo vital de comunicación y un centro importantísimo en las rutas comerciales.

mada. Seleuco, entonces, con el ánimo acongojado, consultó de nuevo a los magos sobre la ciudad y ellos, una vez que se les garantizó su inmunidad, le respondieron: «La suerte fijada por el destino, rey, sea para mal o para bien, no es posible que hombre o ciudad alguna la cambie. Existe un destino para las ciudades igual que para los hombres. Y los dioses decidieron que esta ciudad perdure durante largo tiempo, ya que fue empezada a la hora en que empezó. Nosotros, por temor a que se construyera una fortaleza en contra nuestra, falseamos la hora fijada por el hado, pero ésta era más poderosa que la perfidia de unos magos y la ignorancia de un rey. Es, sin duda, por esta razón por la que la divinidad mostró al ejército la hora más propicia, y esto puedes comprobarlo por ti mismo, para que no sospeches que también ahora estamos imaginando alguna otra cosa, basándote en lo siguiente. Tú mismo, el rey, presidías el ejército y le habías mandado que aguardara la orden y éste, obediente siempre a ti para arrostrar riesgos y trabajos, no se contuvo ahora ni siquiera ante la orden de parar, sino que saltó hacia delante y no una parte sino todos a una, con sus mismos oficiales, pues pensaban que se había dado la orden de empezar. Y, en efecto, esta orden había sido dada. Y por este preciso motivo, aunque tú tratastes de impedirlo, no te obedecieron ya. Pues, ¿qué cosa podría tener más poder que un rey en los asuntos humanos, a no ser un dios? Éste domeñó tu decisión y guió, en tu provecho y en nuestro lugar, la fundación de la ciudad, por estar irritado con nosotros y con todos los pueblos vecinos. Pues, ¿cómo van a tener fuerza ya nuestros asuntos cuando hay un pueblo más fuerte asentado a nuestro lado? Tu ciudad, ciertamente, ha nacido con suerte y será grande y duradera, y tú ratifícanos el perdón, puesto que nuestra falta se debió al temor de

perder nuestra prosperidad.» El rey se alegró mucho con lo que le dijeron los magos y los perdonó.

59 Esto es lo que que he oído acerca de Seleucia. Seleuco, en vida, designó a su hijo Antíoco para que reinara, en su lugar, en el Asia interior. Si a alguien le parece este rasgo un acto de magnanimidad digno de un rey, todavía más noble y sabio fue su comportamiento respecto a la pasión amorosa de su hijo y a la temperancia con que éste la llevó. Pues Antíoco estaba enamorado de Estratonice, la esposa de Seleuco, que era su madrastra y había tenido ya un hijo de aquél. Sin embargo, reconociendo la iniquidad de su pasión, no cometió ninguna vileza ni exteriorizó sus sentimientos, sino que cayó enfermo, se abandonó y consentía voluntariamente en morir. Ni siquiera el eminentísimo médico Erasístrato, que servía a Seleuco a cambio de unas retribuciones muy elevadas, pudo dar un diagnóstico de su dolencia. Finalmente, al observar que su cuerpo estaba libre de cualquier síntoma de enfermedad, conjeturó que su mal era del alma, de cuya salud o enfermedad se contagia el cuerpo. Ahora bien, la tristeza, la ira y las otras pasiones se suelen confesar y, sin embargo, el amor se oculta por recato. Pero, como ni aún así le dijo Antíoco una sola palabra cuando trató de averiguarlo con insistencia de forma confidencial, tomó asiento a su lado y se puso a observar qué alteraciones experimentaba el cuerpo de aquél ante cada una de las personas que entraban en su habitación. Y descubrió que, en presencia de las demás personas, su cuerpo permanecía siempre ajado y consumido por igual, pero que, cuando Estratonice iba a visitarlo, su mente se conturbaba entonces al máximo a causa del pudor y la conciencia, y no emitía palabra alguna, y, sin embargo, su cuerpo, en contra de su voluntad, se tornaba más vigoroso y lleno de vida, y, de nuevo, al marcharse ella, se debilitaba. Así que el médico dijo

a Seleuco que su hijo padecía un mal incurable. Y, cuando el rey, presa de un vivo dolor, prorrumpió en gritos, añadió: «Su enfermedad es amor, y amor por una mujer, pero un amor imposible.»

Seleuco estaba estupefacto ante el hecho de que él, 60
el rey de Asia, no pudiera convencer a una mujer para contraer matrimonio con un hijo tal con ruegos, riquezas, regalos y con la totalidad de un reino tan grande, que le correspondía por herencia a su hijo enfermo y que, incluso, le sería entregado ahora, a cambio de su salvación, si alguien lo deseaba. Quiso tan sólo saber quién era la mujer, y Erasístrato le dijo: «Está enamorado de mi esposa.» Y Seleuco dijo: «Y bien, mi buen amigo, ya que estás tan ligado a nosotros por vínculos de amistad y de gratitud y te cuentas por tu honestidad y sapiencia entre una minoría, ¿no salvarás para mí a un hombre joven y de sangre real, hijo de un amigo y de un rey, desafortunado en amor, pero virtuoso, ya que oculta su mal y prefiere para sí mismo la muerte, sino que despreciarás hasta tal punto a Antíoco y, además de él, a Seleuco?» Pero Erasístrato se resistió y contestó con un argumento irrebatible, al parecer: «Ni siquiera tú, a pesar de ser su padre, si Antíoco estuviera enamorado de tu mujer, se la cederías a él.» Entonces, Seleuco juró por todos los dioses de su casa real que de grado y gustoso, en verdad, se la cedería y sería un hermoso ejemplo de la bondad de un buen padre para con la castidad y templanza de su hijo, no merecedor de tal desventura. Muchas más cosas añadió del mismo calibre y, finalmente, empezó a lamentarse de que no pudiera ser él el médico para su desdichado hijo, sino que también en esto necesitara de Erasístrato.

Y éste, en cuanto se percató de que el celo del rey 61
era real y no fingido, le reveló la naturaleza de la enfermedad y le explicó de qué manera la había descubierto.

Seleuco se llenó de alegría, pero tuvo gran dificultad para convencer a su hijo y a su propia esposa. Y, cuando lo hubo logrado, reunió a su ejército, que tal vez intuía ya algo de lo que pasaba, les enunció sus hechos de armas y les dijo que había agrandado su reino en una extensión superior con mucho a la de cualquiera de los sucesores de Alejandro y que, por ello, a causa de la magnitud del mismo, le resultaba difícil de gobernar a su avanzada edad[51]. «Quiero —dijo— dividirlo en interés de vuestra seguridad futura y entregar, en este momento, una parte del mismo a mis seres más queridos. Y es justo que todos vosotros cooperéis conmigo en todo, vosotros que os habéis engrandecido bajo mi guía hasta un grado tan grande de dominio y de poder después de Alejandro. Mis seres más queridos y dignos de mi reino son mi hijo que está ya en edad adulta y mi esposa. Ojalá que tengan pronto hijos, puesto que son jóvenes, y así tengáis más guardianes del reino. Los uniré a ambos en matrimonio en presencia vuestra y los enviaré como reyes, desde este momento, de los pueblos del interior. Y no os impongo costumbres de los persas y de otros pueblos, más que esa ley común a todos, a saber, que siempre es justo lo que establece el rey»[52]. Estas fueron sus palabras y el ejército le aclamó como el más grande rey de entre los sucesores de Alejandro y el padre más excelente. Y Seleuco, tras hacer las mismas considera-

---

51 Este discurso de Seleuco a sus amigos y tropas avala el carácter militarista del gobierno de Seleuco. Sobre los auténticos proyectos de Seleuco para fragmentar su imperio en dos, al margen de la historia novelada que narra *in extenso* Apiano, véase E. WILL, I, págs. 239 y sigs.

52 ROSTOVTZEFF, I, pág. 414, ve en estas palabras finales del discurso de Seleuco un eco del sentir común a diversas escuelas filosóficas del momento, el de dar una sanción filosófica al poder real.

ciones a Estratonice y a su hijo, los unió en matrimonio y los envió a su reino, realizando una acción más gloriosa y de mayor entereza que las que llevó a cabo con las armas.

Seleuco tuvo setenta y dos satrapías bajo su mando, 62
tan extenso era su reino. Después de entregar la mayor parte de éste a su hijo, siguió siendo rey tan sólo de la zona comprendida entre el mar y el río Éufrates. La última guerra que emprendió fue contra Lisímaco por la posesión de la Frigia, que está sobre el Helesponto, y, tras derrotar en ella a Lisímaco, que murió en el combate, cruzó el Helesponto. Cuando penetró en el país camino de Lisimaquea, fue muerto por Tolomeo Ceraunо que lo acompañaba en la expedición. Este Cerauno era hijo de Tolomeo Soter y de Eurídice, la hija de Antípatro, y se había marchado de Egipto por miedo, porque Tolomeo pensaba entregar el reino a su hijo más joven. Seleuco le había dado acogida por tratarse del hijo desdichado de un amigo, así que alimentaba y llevaba consigo a todas partes a su propio asesino.

De esta forma murió Seleuco, después de vivir se- 63
tenta y tres años y reinar cuarenta y dos de ellos [53]. Y me parece que también en esto se le cumplió el mencionado oráculo: «No te afanes por volver a Europa, Asia será mucho mejor para ti.» Pues Lisimaquea pertenece a Europa y, entonces, por primera vez desde la expedición de Alejandro cruzó él a Europa. Se dice también sobre su muerte que, habiendo consultado un oráculo en cierta ocasión, le había vaticinado: «Si evitas Argos, llegarás al año fijado por el destino, pero si te acercas a Argos, entonces morirás antes del tiempo

[53] En realidad, treinta y dos. Es probable que Timágenes sirviera de fuente a Apiano para la historia de la dinastía de los seléucidas (y, tal vez, de los lágidas). Véase, al respecto, M. GELZER, «Timagene source probable d'Appien», *Bibliotheca Orientalis* 14 (1957), 55 y sigs.

fijado.» Hay un Argos en el Peloponeso, otro en Anfiloquía, otro en Orestea (donde llegaron los macedonios argéadas)[54] y otro a orillas del Adriático, que se dice que fundó Diomedes[55] cuando anduvo errante, todos éstos y cualquier otro lugar de la tierra que se llamara Argos los buscó Seleuco de forma concienzuda y se guardó de ellos. Pero, cuando marchaba desde el Helesponto a Lisimaquea, apareció ante sus ojos un altar grande y espléndido y fue informado de que lo habían erigido los Argonautas[56] en su viaje a la Cólquide o bien los aqueos en su expedición a Troya y, por esta razón, todavía los habitantes del lugar le llamaban Argos, ya fuera por una corrupción del nombre de la nave[57], ya en recuerdo de la patria de los hijos de Atreo. Y, mientras se estaba enterando aún de estas cosas, fue asesinado por Tolomeo, que lo atacó por la espalda.

Filetero, el rey de Pérgamo, quemó el cuerpo de Seleuco, tras rescatar su cadáver de Cerauno por una fuerte suma de dinero, y envió las cenizas a su hijo Antíoco. Éste las depositó en la Seleucia que está junto al mar, le levantó un templo y lo rodeó de un recinto sagrado[58]. Este recinto se llama Nicatoreo.

---

54 Véase n. 3 al libro *Sobre Macedonia*.

55 Diomedes, héroe argivo.

56 Se da el nombre de Argonautas, que significa «marinos de Argo», a los compañeros de Jasón, asociados a éste en la búsqueda del vellocino de oro en su expedición a la Cólquide.

57 La nave se llamaba Argo que significa «Rápida». El constructor de la misma también se llamaba Argo.

58 Desde los días de Seleuco I y, por supuesto, desde los de Antíoco I, los seléucidas declararon públicamente, quizás por medio del oráculo de Dídima, la descendencia divina de Seleuco I respecto a Apolo. Se estableció un culto municipal de los reyes vivos y difuntos junto al culto real de Estado existente desde la época de Antíoco III, véase, sobre todo ello, ROSTOVTZEFF, I, págs. 413 y sigs.

He oído decir que Lisímaco, que fue uno de los escuderos de Alejandro, estuvo corriendo, en cierta ocasión, un largo trecho en pos de aquél y, fatigado, se asió a la cola del caballo del rey y continuó corriendo, pero, golpeado en una vena de la frente por la extremidad de la lanza del rey, tuvo una profusa hemorragia. Entonces Alejandro, ante la falta de vendas, le ató la herida con su diadema y ésta se empapó de sangre. Y Aristandro, el adivino de Alejandro, al ver transportado a Lisímaco con la cabeza ceñida por la diadema real, predijo: «Este hombre será rey, pero reinará con esfuerzo.» Y, en efecto, fue rey durante casi cuarenta años incluidos aquellos en los que fue sátrapa. Y reinó con muchas fatigas y murió combatiendo a la edad de setenta años, cuando mandaba a su ejército. Seleuco murió inmediatamente después de Lisímaco. El perro de este último protegió el cadáver de su amo, que yacía en el suelo, durante mucho tiempo y lo mantuvo a salvo de aves y bestias salvajes, hasta que Tórax de Farsalia lo encontró y le dio sepultura. Otros dicen que le enterró su propio hijo Alejandro, cuando huía, por miedo, hacia Seleuco, después que Lisímaco matara a su otro hijo, Agatocles, y que buscó en aquella ocasión su cadáver y le encontró ya en estado de descomposición, gracias, sobre todo, a la ayuda del perro. Cuentan también que los lisimaqueos colocaron sus huesos en su templo y le dieron a éste el nombre de Lisimaqueo. Tal fue el final que tuvieron cada uno de estos dos reyes, muy valientes ambos y de máxima corpulencia, el uno a los setenta años de edad y el otro tres años más viejo, los cuales lucharon siempre con sus propias manos hasta su muerte. 64

Después de la muerte de Seleuco, el reino de Siria pasó, en sucesión, de padres a hijos tal como sigue: el primero fue Antíoco, el que se enamoró de su madrastra y que también recibió el sobrenombre de So- 65

ter, por haber expulsado a los gálatas que habían invadido Asia desde Europa. El segundo fue otro Antíoco, nacido del anterior matrimonio, a quien los mitilenios fueron los primeros en darle el sobrenombre de Teos, porque les mató a su tirano Timarco. A este Teos lo mató su mujer con un veneno. Tuvo dos mujeres: Laódice y Berenice, la primera por amor y la segunda prometida en matrimonio...[59] hija de Tolomeo Filadelfo. Laódice lo mató y, después, a Berenice y al hijo pequeño de ésta. Tolomeo Filadelfo, para vengar estos crímenes, mató a Laódice, invadió Siria y avanzó hasta Babilonia. Fue entonces cuando los partos iniciaron su secesión, pensando que el reino seleúcida andaba revuelto[60].

66 Después de Teos, fue rey de Siria Seleuco, el hijo de Teos y Laódice, el cual tuvo el sobrenombre de Calinico, y a éste le sucedieron sus dos hijos, Seleuco y Antíoco, en orden de edad. Seleuco[61], que era débil, pobre y tenía un ejército indisciplinado, murió, víctima de una conspiración, envenenado por sus amigos y reinó sólo dos años[62]. Antíoco, su hermano, es Antíoco el Grande, del que ya dije antes que estuvo en guerra con los romanos y reinó treinta y siete años. Ya mencioné antes que sus dos hijos Seleuco y Antíoco accedieron ambos al trono. Seleuco fue rey durante doce años sin eficacia alguna y con un gobierno débil a causa del desastre de su padre. Antíoco (Epífanes), a su vez, reinó no más de doce años, en el transcurso de los cuales capturó a Artaxias el armenio e hizo una expedición contra Egipto, gobernado a la sazón por Tolomeo VI, que había quedado huérfano con un hermano. Y, cuando

---

59 Hay una laguna en el texto.

60 Sobre la secesión del reino de Partia, véase E. WILL, I, págs. 252 y sigs.

61 Seleuco Cerauno.

62 Aquí terminan los *Excerpta* de Plethón.

estaba acampado cerca de Alejandría, Popilio, un embajador de los romanos, se presentó ante él con una tablilla en la que estaba escrito que Antíoco no atacara a los Tolomeos. Cuando Antíoco la leyó y contestó al embajador que reflexionaría sobre ello, Popilio hizo un círculo con su bastón y dijo: «Reflexiona aquí.» Y él aterrado se retiró, expolió el templo de Venus Elimea y murió consumido por una enfermedad, dejando un niño de nueve años de edad, Antíoco Eupátor, según he dicho ya.

También he hablado de su sucesor, Demetrio, que 67
estuvo como rehén en Roma y, tras escapar de dicha condición, llegó a ser rey. Éste también fue llamado Soter por los sirios y fue el segundo que llevó este título después del hijo de Seleuco Nicátor. Contra él se rebeló un cierto Alejandro[63], que fingía pertenecer al linaje de los seleúcidas y al que Tolomeo, el rey de Egipto, ayudó por odio hacia Demetrio. Y este último fue desposeído de su reino gracias a la intervención de Tolomeo y murió. A Alejandro lo expulsó Demetrio, el hijo de Demetrio Soter. Por haber vencido a un bastardo de su linaje, recibió el título de Nicátor por los sirios y fue también el segundo en llevarlo después de Seleuco. Hizo una expedición contra los partos a imitación de éste y, cogido prisionero, vivió en el palacio del rey Fraates[64], que lo unió en matrimonio con su hermana Rodoguna.

Durante este período de anarquía, un esclavo de la 68
casa real llamado Diódoto puso en el trono a Alejandro[65], un muchacho muy joven, hijo del bastardo Alejandro y de la hija de Tolomeo. Sin embargo, después de matar al muchacho, osó asumir el poder y tomó

---

63 Alejandro Balas que fingía ser hijo de Antíoco Epífanes.
64 En realidad, Arsácides (véase JUSTINO, XXXVIII 9, 3).
65 Mejor, Antíoco VI Epifanes Dioniso.

para sí el nombre de Trifón. Pero Antíoco[66], el hermano del prisionero Demetrio, al enterarse en Rodas de su cautiverio, regresó con gran dificultad a su hogar y dio muerte a Diódoto. Llevó a cabo, después, una expedición contra Fraates exigiendo la devolución de su hermano, y Fraates tuvo miedo de él y le envió a Demetrio. Antíoco, a pesar de ello, atacó a los partos y, al ser derrotado, se suicidó. De otro lado, a Demetrio, cuando regresaba a su reino, lo asesinó a traición su esposa Cleopatra, que estaba envidiosa por el matrimonio de aquél con Rodoguna y, a causa del cual precisamente, se había casado ella antes con Antíoco el hermano de Demetrio. Cleopatra tuvo dos hijos de Demetrio: Seleuco y Antíoco apodado el Gripo, y de Antíoco tuvo uno, Antíoco, llamado el Ciziceno. Al Gripo lo envió a Atenas para su educación y al Ciziceno, a Cízico.

69 A Seleuco, tan pronto como se puso la diadema después de la muerte de su padre Demetrio, lo mató su madre disparándole una flecha, ya sea porque temía que fuera a vengar la muerte alevosa de su padre, ya sea llevada de un odio demencial contra todos. Después de Seleuco fue rey Gripo, que obligó a beber a su madre un veneno que ella había mezclado para él, y así, ella recibió, al fin, su merecido. Gripo, como cabía esperar, resultó ser un digno hijo de su madre, pues tramó una conspiración contra Ciziceno, aunque era su hermanastro. Éste, al enterarse, le hizo la guerra, lo expulsó de su reino y fue rey de Siria en su lugar. Entonces, Seleuco[67], el hijo de Antíoco Gripo, hizo una expedición contra él, a pesar de ser su tío, y le quitó el trono. Este Seleuco, debido a su carácter violento y a que era sumamente déspota, fue quemado hasta que murió

---

66 Antíoco VII Sidetes.

67 Seleuco Epífanes.

en el gimnasio de *Mopsuestia* en Cilicia, y a él le sucedió Antíoco el hijo de Ciziceno. Los sirios pensaron que él se había escapado, a causa de su piedad, de un complot tramado por su primo Seleuco y, por este motivo, le dieron el sobrenombre del Piadoso, pero en realidad lo salvó una prostituta que se había enamorado de él por su belleza. Me parece que los sirios le dieron tal sobrenombre por broma, pues el citado Piadoso se casó con Selene, que había sido la esposa de su padre Ciziceno y de su tío Gripo. Razón por la cual, sin duda, Tigranes lo expulsó de su reino por intercesión divina.

El hijo que tuvo de Selene se educó en Asia y, por 70
ello, fue llamado Asiático. A éste le despojó del reino de Siria Pompeyo, según he dicho ya, y fue el decimoséptimo rey de Siria a partir de Seleuco —pues exceptúo a Alejandro y a su hijo[68] por ser bastardos, así como a su esclavo Diódoto—, y reinó por espacio de un año, sólo el tiempo que retuvieron otros asuntos a Pompeyo. La dinastía de los seleúcidas duró doscientos treinta años. Y, si alguien computa el tiempo desde la época de Alejandro hasta la dominación romana, habría que añadir, a los doscientos treinta años, los catorce de Tigranes. Esto es lo que puedo decir acerca de los reyes macedonios de Siria para tratarse de un libro ajeno[69].

---

68 Alejandro Zabinas.

69 Quizás hayamos de ver en ello el motivo de la descripción casi telegráfica de Apiano.

ÍNDICE DE NOMBRES

Las abreviaturas utilizadas para designar los diferentes libros de Apiano son las siguientes: *P.* = *Prólogo*; *R.* = *De la realeza*; *It.* = *Sobre Italia*; *Sa.* = *La historia samnita*; *Ga.* = *La historia de la Galia*; *Si.* = *Sobre Sicilia y otras islas*; *Ib.* = *Sobre Iberia*; *An.* = *La guerra de Aníbal*; *Af.* = *Sobre Africa*; *Nu.* = *Sobre Numidia*; *Mac.* = *Sobre Macedonia*; *Il.* = *Sobre Iliria*; *Sir.* = *Sobre Siria*; *Mi.* = *Sobre Mitrídates.*

Los nombres de dioses han sido traducidos por el correlato correspondiente en la mitología romana, dado que se trata de una historia de Roma, desde una óptica romana y con personajes romanos como protagonistas principales, aunque en el texto original, figura la terminología griega para los nombres de los dioses. Los étnicos se han incorporado al índice por la importancia que tienen, así como por la rareza y abundancia de los mismos en diferentes y extensas partes de los libros traducidos. Los nombres geográficos se han conservado, en general, tal como aparecen en el original, salvo aquellos casos que, por su entidad y singularidad, parecían aconsejar que se diera la equivalencia moderna. En estos casos, no obstante, se da en nota la forma original.

ÍNDICE GENERAL